



COLECCIÓN PÍFANOS

VOLUMEN 5

PINFANITUS

Madrid

En recuerdo y agradecimiento a todas las personas e instituciones que, a lo largo del tiempo, hayan contribuido con su cariño, esfuerzo y dedicación a que el hecho de ser pínfano no fuera únicamente una desgracia.

© *De los autores indicados en cada relato*
© *Imagen de la portada: Fernando Lazo Payo (Zoyo)*
Editado por la Asociación de Huérfanos del Ejército
Recopilación, diseño y edición: Santiago de Ossorno
Primera edición: 30 de abril de 2023

Contenido

PRESENTACIÓN	7
HUEVOS DE FAISÁN Y CHOCOLATE	11
LA FUGA.....	16
EL HOMBRE DEL SACO.....	21
VIAJE DE IDA Y VUELTA.....	26
LA AMISTAD PERDURA SIEMPRE	37
EN PRESENTE CONTÍNUO	43
RECUERDOS.....	49
EL ESPEJO DE LA VIDA.....	55
EL REY DE LA CASA.....	61
AGIBÍLIBUS	72
TRES IMPRUDENCIAS.....	81
TODAS A UNA.....	85
COLONIAS ESCOLARES.....	89
LA RESIDENCIA	95
ILUSO: VIAJE A LA DUDA	122

PRESENTACIÓN

Celebramos el décimo aniversario de la primera publicación de la Colección Píñfanos, inicialmente compuesta por cuatro volúmenes de relatos independientes, y para recordarlo editamos algunos volúmenes más.

Desde el instante mismo de nuestro ingreso en el colegio de huérfanos quedábamos marcados para siempre por una serie de hechos y palabras que, sin saberlo por entonces, nos acompañarían durante el resto de nuestras vidas.

Basta nombrar cualesquiera de ellas, tanto da píñfano, trapillo, pitraca, aspirino, pava o iqueo, queo! para que un caudaloso torrente de recuerdos infantiles y juveniles inunde de una nostálgica luz nuestra memoria.

Cuánta razón tiene la frase anónima «los acontecimientos, cuando no se escriben, no se cuentan o no se recuerdan es como si no hubiesen ocurrido».

Nosotros tenemos la suerte de contar con compañeros que, además de poseer una memoria prodigiosa y escribir la mar de bien, han dedicado parte de su tiempo a recordar aquellos hechos, construyendo palabra a palabra

deliciosos relatos que son un fiel reflejo de nuestro paso por la institución.

En el libro que tus manos sostienen se han recogido relatos publicados en la página de la Asociación y que con los años quizás hayan ido quedando en el olvido, semi escondidos tras una maraña cibernética que a no pocos confunde.

Con la edición y publicación de la colección, gracias a los medios y tecnología actuales, desde la Asociación queremos dar a estos relatos una segunda oportunidad de ser leídos y disfrutados, tanto en formato de libro tradicional como en los modernos formatos electrónicos, porque los pínfanos tenemos una capacidad de adaptación a lo nuevo fuera de lo común.

Se han seleccionado relatos al azar, procurando que todos los colegios y épocas estuvieran representados. Otros relatos han quedado a la espera de comprobar la acogida de la idea entre los pínfanos y, de ser favorable, verán la luz en sucesivos libros que se incorporen a la colección.

Sus autores dieron un paso al frente consiguiendo superar el implacable olvido y, gracias a ellos, podemos ahora leer historias y sucesos que seguramente nos traerán a la memoria nuestras propias historias y sucesos, tan parecidas a las seleccionadas que podrían ser las mismas.

Leyendo las peripecias de los protagonistas podremos volver a vernos, siquiera en la imaginación, tal como éramos entonces, ¿quién no se identifica con Higinio Zardoya, Mundi, África la pínfana, el toledano Juan o el pínfano de O Grove?

En este volumen recopilatorio de la colección se ha incluido un relato que representa la excepción que permite cumplir con la regla, su inclusión es merecida porque

está escrito por un hombre que también fue una excepción en su momento, hablamos de don Miguel Delibes, un escritor excepcional; que se sepa no era pínfano aunque podría haberlo sido, ¡qué menos que pínfano de honor!, porque escribió sobre nosotros y esa es otra forma de serlo o de sentirlo.

Como indica el artículo 2 de los Estatutos, nuestra Asociación «tiene por finalidad general conseguir la relación y el contacto continuo entre todos los pínfanos, estrechando lazos de compañerismo en épocas escolares y posteriores con un sentimiento social de ayuda», por lo que esta colección de libros no deja de ser un paso más que damos en esa dirección.

Esperamos que su lectura resulte grata y placentera a una mayoría, aquella que recuerda con cariño su paso por los distintos internados, a sus antiguos y queridos profesores, a los viejos compañeros de fatigas, las fiestas de la Inmaculada, la piscina del Bajo, Aranjuez o los inigualables Castillos de verano.

Desde estas líneas quisiera decirle a África, aquella entrañable pínfana de 15 años que vaticinó «aunque, quién sabe, puede que, dentro de un montón de tiempo, haya algún sistema por el que podamos volver a ponernos en contacto e incluso reunirnos los que pasamos tantos años en los colegios de huérfanos» que volverás a reunirte con tus compañeras de ayer, quizás ya lo hayas hecho, pero esta vez será solamente para disfrutar del reencuentro; acertaste de lleno: tenemos nuestra página web, hemos celebrado una decena de Días del Pínfano y la Asociación sigue adelante, vivita y coleando.

*Santiago de Ossorno
Secretario de la AHE, 2013-2017*

HUEVOS DE FAISÁN Y CHOCOLATE

Natividad Jaime Santamaría

Estamos en verano, una de esas tardes en las que el sol calienta, he pasado la mañana en la playa y ahora me apetece quedarme en casa, bajo un poco las persianas, se está mejor en penumbra y me dispongo a leer el libro que me tiene enganchada: «Paso a Dos» es su título. Como me gusta tener música de fondo busco «El concierto de Aranjuez», me gusta escucharlo de vez en cuando.

No pasa mucho rato cuando el libro que tengo en mis manos, que normalmente hace que pierda la noción del tiempo, pierde interés para mí. Mi mente se recrea oyendo esa música que me transporta a aquellos años, lejanos, en los que las tardes de los domingos las pasaba paseando y jugando por aquellos maravillosos jardines a los que está dedicado el concierto.

Han pasado muchos años pero los recuerdos perduran con nitidez en mi memoria. A mí que venía de un pueblo, aquellos jardines tan grandes en los que además había un palacio me parecían algo extraordinario y siempre descubría algún nuevo rincón lleno de encanto.

Si el tiempo lo permitía, salíamos del colegio con nuestro uniforme de domingo, formadas de tres en fondo, flanqueadas por las madres que nos acompañaban y nos encaminábamos a los jardines. Normalmente frecuentábamos el «Jardín de la Isla» (supongo que porque quedaba más cerca del colegio), pero también íbamos al del «Príncipe». Al llegar, rompíamos filas y teníamos libertad para movernos por todo el entorno.

Mientras oigo la música, se agolpan en mi mente los recuerdos de aquellas tardes y me parece escuchar el sonido del agua al caer por la cascada de Las Castañuelas o en las innumerables fuentes que pueblan y embellecen el Jardín de la Isla. La de Hércules a la entrada, Baco, Narciso, Ceres, Espinario que para nosotras era El Niño de la Espina... y muchas más. Las recorriamos todas jugando y nos pasábamos algún rato sentadas contemplándonos mientras charlábamos de nuestras cosas. Me llamaban la atención aquellos árboles con unas grandes flores blancas, eran los magnolios.

El Jardín del Príncipe era distinto, creo que más grande o al menos a mí me lo parecía. Muy frondoso, con grandes avenidas bordeadas de altos árboles y fuentes preciosas.

Albergaba en un edificio a «las reales falúas» que eran lujosas embarcaciones en las que antaño la familia real surcaba las aguas del Tajo. A mí se me quedaron los ojos como platos la primera vez que las vi siendo ya mayor. No muy lejos, estaba «La casita del Labrador», un palacete que al parecer era el alojamiento de los reyes y sus acompañantes cuando salían de caza.

Dentro de este jardín está uno de mis rincones favoritos, «El estanque de los Chinescos», en medio del agua, dos templete, uno de madera y otro de mármol, en el que me encantaba sentarme a contemplar el paisaje, en sus columnas más de una vez, estampé mi firma.

Y aquí en el jardín del Príncipe es dónde tuvo lugar la anécdota que da nombre a este relato.

Por aquellas avenidas veíamos pasearse a majestuosos Pavos Reales y admirábamos su precioso y espectacular plumaje. Había otras aves desconocidas para nosotras

que no llamaban nuestra atención pero sabíamos que ni a unos ni otras podíamos tocar ni molestar.

Era un domingo cualquiera, como siempre corremos, jugamos un rato al pillapilla y después unas cuantas decidimos jugar al escondite, cualquier tronco, matorral o piedra nos servía de refugio y no he logrado recordar quien de todas fue la que al esconderse encontró un nido lleno de huevos, le faltó tiempo para llena de alborozo salir a contarnos y enseñarnos su hallazgo y... ¡fue todo tan rápido!, todas gritábamos, no sabíamos que hacer al verlos, los cogimos, nos los pasamos de mano en mano y la cuestión fue que entre risas y empujones algunos cayeron al suelo y se rompieron.

¡Qué disgusto!, imaginamos que habíamos hecho algo mal, ¿qué podíamos hacer?, ¿los escondemos?, ¿salimos pitando? Algunas hasta se pusieron a llorar, ¿qué dirían las monjas?, seguro que nos iba a caer un buen castigo. Todavía no habían llegado ellas cuando hizo su aparición uno de los guardias del jardín, iba uniformado, ya lo conocíamos de otros días, era muy simpático, siempre tenía una sonrisa y una palabra amable para nosotras pero en ese momento tenía la cara desencajada, se llevaba las manos a la cabeza mientras con las botas restregándolas por el suelo intentaba borrar el desaguisado que habíamos provocado.

Se le veía muy disgustado y su actitud nos daba a entender que verdaderamente algo malo habíamos hecho. Los huevos eran de faisán, aquellas aves desconocidas para nosotras y que según se desprendía de lo que iba diciendo el guardia tenían mucho valor. Cuando llegaron las monjas, estuvo un buen rato hablando con ellas. A partir de entonces tenían más control sobre nosotras y no nos quitaban los ojos de encima.

He de decir a su favor que no se enfadaron demasiado, nos reprendieron haciéndonos ver las consecuencias que podían tener nuestros actos si no nos parábamos a pensarlos pero creo que también supieron valorar que al fin y al cabo éramos niñas y los pocos años unidos a nuestra ignorancia nos impidieron ver dónde nos podía llevar aquella acción.

Tuvieron que pasar bastantes años para darnos cuenta de que el faisán y por supuesto sus huevos estaban considerados «delicatesen».

Hasta aquí mis recuerdos de la anécdota transcurrida en uno de los famosos jardines de Aranjuez.

Y ya que qué estoy, voy a recordar otra que también transcurre en un jardín y cuyos protagonistas vuelven a ser unos huevos, en esta ocasión de chocolate.

La anécdota tiene lugar dentro del colegio. Estamos en Semana Santa, algunas de las que vivíamos lejos de Aranjuez no podíamos irnos de vacaciones a casa ni en Navidad ni en Semana Santa, a mí me tocaba quedarme siempre.

Ha ido transcurriendo la Semana, hemos asistido a todos los Santos Oficios, hemos montado y desmontado el Monumento, ha venido a visitarlo la gente del pueblo y por fin ha llegado el Domingo de Pascua. La Madre encargada de la sección de pequeñas ha tenido una feliz idea, ha querido alegrarnos el día y se le ha ocurrido comprar huevos de chocolate, poner en cada uno el nombre de las alumnas y esconderlos bien distribuidos por todo el jardín de cuarta sección, el que Sister cuida con tanto esmero y en el que casi no nos dejan entrar, en esta ocasión podemos hacerlo ya que entre plantas y flores hay que buscarlos.

El jardín es pequeño, se recorre en un pis pas. En un momento determinado al mediodía, a la hora del recreo nos dan el aviso, ¿preparadas?, a buscar los huevos... ¡qué emoción!, ¡qué nervios!, al ser la primera vez no sabíamos por dónde empezar. Nos lanzamos a por ellos cuidando de no hacer destrozos en los parterres de flores y poco a poco la búsqueda va dando sus frutos, van apareciendo, ¡aquí está el mío! se oye a una, ¡yo ya lo he encontrado! dice otra, están forrados con papel de plata de todos los colores, todas van encontrando el suyo menos yo, el mío se resiste.

Doy un montón de vueltas ayudada por todas las compañeras que ya tienen el suyo en sus manos, miramos todas las plantas una y otra vez pero nada de nada, mi huevo no está. Después de mucho buscar nos rendimos, el mío no aparece y lo doy por perdido. Mi gozo en un pozo. Fue una gran decepción y no podía imaginar que había pasado.

Nunca supe si alguien fue más lista y ligera que yo, lo encontró y se lo quedó o si fue que nunca hubo un huevo con mi nombre. Aun hoy tengo mis dudas.

LA FUGA

Santiago de Ossorno

Se dice que la ocasión la pintan calva, personalmente no tengo nada a favor ni en contra de la alopecia pero el refrán es el que es, y hay que aprovecharla cuando se presenta.

Llevaba varios días rondándome la cabeza la obsesiva idea de fugarme del colegio en cuanto reuniese el valor suficiente, no es que estuviera pasando una mala racha estudiantil y hubiera suspendido hasta el recreo, era un estudiante del montón pero iba aprobando, sino que me había hartado del internado y quería escaparme de allí para ver mundo, porque sin duda tenía que haber otros mundos en alguna parte, por supuesto más interesantes que el que me había tocado vivir, y aquellos altos muros de piedra no me dejaban verlos.

Una tarde se jugaba en el patio otro partido de fútbol de la máxima rivalidad, el enésimo del curso, los de primero contra los de segundo o quizá fuera los del norte contra los del sur, en el que a nadie le gustaba perder; el equipo contrario dominaba claramente la situación, estaban siendo mejores y uno de sus delanteros, tan escaso de puntería como sobrado de energía, de un soberbio patadón mandó la pelota por encima del techado de uralita que protegía la leñera exterior y cuyas columnas metálicas de sujeción hacían las veces de portería, a la extensa y verde vega vecina que cantaba Rosalía (de Castro, no la de ahora) en las Orillas del Sar.

*¡Cuán hermosa es tu vega,
oh, Padrón, oh, Iria Flavia!
Mas el calor, la vida juvenil y la savia
que extraje de tu seno,
como el sediento niño el dulce jugo extrae
del pecho blanco y lleno,
de mi existencia oscura en el torrente amargo
pasaron, cual barrida por la inconstancia ciega,
una visión de armiño, una ilusión querida,
un suspiro de amor.*

Antes de que nadie dijese nada me ofrecí como voluntario para ir a por ella, el soldado que vigilaba el recreo me dio permiso, abrió la puerta y salí raudo al encuentro de mi ocasión, sería ahora o nunca; agarré la pelota y la devolví de volea al campo de juego, obligándola a seguir el trayecto inverso que la había llevado hasta allí; por extraño que parezca —porque yo era de los malos, uno de aquellos a los que siempre nos ponían de porteros por bajitos o de defensas para que no molestásemos a los jugones del balón—, la pelota ascendió libremente hacia las negras nubes cargadas de agua de lluvia como impulsada por un cohete, entonces no había misiles teledirigidos, ni drones, ni ese tipo de modernidades guerreras de hoy día, describiendo un arco perfecto hasta que en su trayectoria de bajada la perdí de vista, cuando lo normal hubiera sido que cayera sobre el tejadillo, luego rebotara de nuevo hasta la vega y lo volviera a intentar hasta que, rendido ante la cruda realidad, volviera abatido al patio con ella entre las manos por falta de fuerza física y de habilidad para devolverla por aire de una certera patada al terreno de juego.

En el patio, el aburrido y desprevenido soldado vigilante seguramente estaría leyendo una novela del Oeste

de Marcial Lafuente Estefanía, ajeno por completo a mis intenciones de evasión, esperándome en vano de pie junto a la puerta, indolentemente apoyado contra la pared, hasta que yo entrase para cerrarla de nuevo y poder concentrarse de lleno en su apasionante lectura «qué pesadiños pueden ser a veces estos rapaces, mira que interrumpirme justo cuando iba a empezar el duelo al sol entre el sheriff y la banda de cuatreros».

Pero en vez de volver al patio para seguir con el partido —ya se apañarán sin mí, total no había parado ni un solo tiro a puerta, además siempre me las tiran altas para que no llegue—, atravesé corriendo y sin mirar atrás la vega en dirección contraria al colegio, al encuentro del cercano y poético río; como por allí no se podía cruzar al pueblo por bajar el caudal crecido, caminé agachado por la vera de su orilla ocultándome a la vista en lo posible tras el sembrado, llegando hasta el puente de piedra que, desde tiempos de los romanos, salva el cauce del río desde la Fuente del Carmen hasta el Espolón, justo por delante de la iglesia de Santiago Apóstol dónde algunas veces había ejercido de monaguillo para ganarme una propinilla en bodas, bautizos y primeras comuniones de gente del pueblo, a petición del solícito páter del colegio ante la escasez de monaguillos de plantilla.

Una vez en el Espolón fui directo a la plaza Macías donde se encontraba la sede de la por entonces Compañía Telefónica Nacional de España, subí a la primera planta y le pedí por favor a la operadora que pusiera una conferencia a cobro revertido con mi casa; al verme allí plantado en horas de colegio y razonando por el uniforme que llevaba que sería uno de los «nenos do convento», surgió en ella una lógica sospecha que en aquel momento de tensión extrema no supe interpretar; mirándome por encima de las gafas de cerca que descansa-

ban sobre la punta de su nariz, dejando de hacer punto mientras lo decía, la buena señora me pidió amablemente que me sentase a esperar mientras gestionaba la llamada solicitada, «ten un pouco de paciencia, rapaciño».

Permanecí allí sentado un rato largo —tampoco recuerdo cuánto porque no llevaba reloj, me lo quitaba para jugar de portero, ni tampoco me preocupaba saberlo, las conferencias siempre tardaban mucho— en un incómodo banco de madera, recuperando el resuello, todavía asombrado por lo que acababa de hacer, vestido con el pantalón corto del trapillo, la camisa gris remanada y las botas manchadas de barro, probablemente sudoroso y con las mejillas coloradas por el esfuerzo y la emoción de la veloz huida campo a través.

Mi cara debió ser un poema cuando vi entrar por la puerta, hecha un basilisco, la figura imponente de una monja, con el tocado *cornette* que le cubría la cabeza descolocado por las prisas, asemejando un toro de lidia en plena acometida; no recuerdo si era sor Luisa u otra aunque por el miedo que pasé juraría que fue ella, pero se vino derechamente hacía mí y casi me meo encima del pánico que sentí, incluso puede que sin el casi, ¡tierra trágame! de una galleta no me salva nadie; con un gesto rápido agradeció a la telefonista su oportuno aviso de huerfanito a la fuga, mientras con una de sus manos me agarró por la muñeca aplicando la fuerza de unas tenazas; sin soltarme un segundo ni aflojar la presión, regresamos a marchas forzadas al colegio, a ratos tirando de mí cuando inútilmente trataba de oponerme, llevándome casi a rastras, mientras me arreaba capones y tobas en cabeza y coronilla.

Por el camino me dijo de todo y en todos los tonos posibles, pero afortunadamente no tengo tanta memoria ni

soy demasiado rencoroso y lo he olvidado; seguramente afligido por mi inapelable derrota, caminaría absorto, pensando en mis cosas y en la que me iba a caer, tanto en el colegio como en casa cuando se enterasen.

De momento, el resto de la tarde la pasé encerrado en el cuarto oscuro dónde se guardaban los aparatos de gimnasia; por las rendijas de la desvencijada puerta de madera se colaban pequeños rayos de luz emitidos por las amarillentas bombillas del pasillo, por ellas mis compañeros se asomaban para preguntarme qué había hecho, qué había pasado, y yo les decía que me había fugado pero que el mundo entero se había puesto en mi contra. Me tuvieron allí hasta la hora de la cena y enseguida se me pasó el disgusto, ya se sabe que las penas con pan son menos y tenía hambre atrasada.

El resto del curso tuve prohibido salir a la vega para recuperar los balones que tirasen fuera, bien por exceso de vehemencia o por falta de tino, los magos del balón, pero bien visto no hay mal que por bien no venga porque en el fondo a nadie le apetecía ser el recogepelotas de la clase.

Tras aquella fallida experiencia no lo volví a intentar nunca más y, esperando que a la ocasión le saliese algo de pelo, terminó el curso sin mayores consecuencias aunque nada me libró de seguir jugando de portero.

EL HOMBRE DEL SACO

Francisco Antonio Álvarez López

Son muchos años ya los que han pasado desde que ocurrieron los hechos que voy a relatar, pero hay sucesos que fueron vividos con tanta intensidad que persisten en nuestro recuerdo a pesar de que en muchos casos quisiéramos erradicar de nuestra memoria para siempre.

Cuando yo era niño, me recordaban con cierta frecuencia que personas extrañas, con inconfesables intenciones, se presentaban en el pueblo para llevarse a la fuerza o con engaño a los chiquillos traviesos que de forma temeraria se alejaban de sus casas o familia. Indudablemente serían lo que llamamos “leyendas urbanas”, para evitar desenlaces indeseables. Se les conocía a esos personajes con los nombres más variopintos y a la vez significativos, a saber: “el sacamantecas”, “el chupasangre”, “el hombre del saco” etc. etc.... Solo con oír su nombre se nos inundaba el cuerpo de un indescriptible terror. A veces se recordaba la historia de Manolito —mata bichos— que cuando tenía nueve años, hace de eso mucho tiempo, en lugar de ir a la escuela, una tarde de primeros de mayo, se quedó cazando grillos en el prado de las monjas, para lo que tenía una destreza insuperable.

Primero localizaba el agujero en el cual introducía una pajita para hacer cosquillas al grillo, el cual solía salir enseguida, pero si se le resistía, no tenía reparo en mear directamente en la madriguera y entonces sí que salía inmediatamente el insecto, medio ahogado. De Manolito nunca más se supo y solo quedó en el prado una bolsa con sus libros y una caja de cartón con cuatro grillos. Según contaba Jacinto —morillo— le pareció que iba

sonriendo y chupando una piruleta en un coche de punto de color negro y matrícula extranjera que aquel día se había visto merodeando por el pueblo.

Tendría yo cinco o seis años, no puedo precisar la edad, cuando me dijo mi madre que fuera a la era a regar la ropa, porque aquel lugar, una pradera de una extensión aproximada de poco más de un cuartal, cuando no era tiempo de trilla, se aprovechaba para pasto de una chiva, el caballo, la pareja de bueyes y una vaca.

También para tender la ropa al sol que previamente se había lavado en el reguero que corría entre el camino y la era. Allí mismo había una caseta donde se guardaban diversos utensilios propios del campo y una regadera que tenía que llenar con el agua del reguero. Mucho me gustaba aquel encargo de mi madre; pero lo que más me gustaba aún era sentarme en la pradera en la misma orilla con los pies descalzos metidos en el agua, observar, cómo había dicho Heráclito, hace más de dos mil años, que nunca veremos pasar dos veces la misma agua del río.

Aquel tintineo era una música tan agradable que podía permanecer horas semidormido escuchándola mientras veía el discurrir de aquella agua transparente. A menudo movía una piedra grande que había en medio para comprobar como cambiaba el curso y el sonido al chocar contra la misma. Otras veces, cuando tenía sed, podía beber con toda tranquilidad, no sin antes proceder con un ritual que me habían enseñado, teniendo en cuenta, eso sí, que el agua fuera clara y no estuviera estancada, siempre fluyendo. El citado ritual, consistía en hacer una señal de la cruz sobre el agua a la vez que se pronunciaban las siguientes palabras: “Por aquí pasa Dios, por aquí la Virgen. Si es agua buena que me aproveche y si es agua mala que la vomite”.

Dicho lo cual, podía beber con plena garantía de éxito el agua cristalina que gracias al sortilegio se convertía en salubre.

Observar discurrir el agua y escuchar su placentero sonido me inducía un sopor tan agradable, similar al que me producía oír el crepitar de las brasas en la hoguera y admirar las distintas formas de las llamas. Dos bálsamos insuperables y enigmáticos para mí, el agua y el fuego.

Aquella tarde me quedé embelesado de tal forma a la orilla del reguero que no pude percibir como se me aproximaba un hombre con un saco en las manos diciendo: ven que te meto dentro, ven que te meto dentro...

Lo normal es que me hubiera quedado inmóvil, paralizado por el susto, pero lo cierto es que, impulsado por una fuerza desconocida, eché a correr de tal forma que no paré hasta llegar a casa y contarle a mi madre lo sucedido. Ella no le dio la menor importancia, pues pudo saber, aunque no sé cómo lo hizo, que se trataba de Ángel. Un vecino muy dado a gastar bromas a los niños y que por aquel entonces tendría poco más de treinta años, aunque a mí me parecía un señor muy mayor. Posiblemente por su aspecto desaliñado y barba de varios días.

Ángel vivía en la misma calle que nosotros, un poco más arriba, a la salida del pueblo. A la puerta de su casa siempre estaban apostados dos enormes perros, uno negro y pelo largo, otro de color castaño que a mí se me hacían leones y me infundían un considerable respeto que yo creo que era miedo, francamente.

Al igual que para beber el agua del reguero, tenía que practicar el mencionado ritual, para poder pasar por delante de los perros sin peligro, disponía de dos opciones; la primera, que nunca puse en práctica, era que tenía que hacerlo completamente desnudo. Me habían garantizado

que, de esa guisa, podría incluso entrar en cualquier propiedad vigilada por el más fiero de los perros sin ser importunado. La otra forma, más convencional, y era la que yo practicaba, consistía en pasar delante de ellos sin mostrar el menor atisbo de miedo. Para eso, lo mejor era ponerme a silbar o canturrear algo. Realmente siempre resultó satisfactorio este sencillo sistema.

Pasaron ya muchos años de aquel mi primer gran susto, cuando un atardecer de julio, filtrándose los últimos rayos de sol por entre los chopos y negrillos alineados en la parte interna del reguero, acercándome a la era, me pareció ver un tumulto de gente a la entrada, mirando y señalando hacia el reguero. Me abrí paso entre el gentío y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. En medio del agua yacía un hombre con la cabeza sobre la gran piedra que en otro tiempo yo movía para cambiar el rumbo y sonido del agua.

—Es Ángel. Está muerto, se ha ahogado. Ya se ha avisado a la Guardia Civil.

De pronto y no sé por qué, me sentí culpable de un homicidio culposo.

—Hay que sacarlo ahora mismo —grité con resolución.

—Avisar una ambulancia.

Y metiéndome en el agua me dispuse a sacarlo con ayuda de dos voluntarios de aquel grupo de mirones.

Lo tendimos en la pradera y mandé buscar un saco de la caseta. Me trajeron un quilma sobre la cual recostamos a Ángel. Sin más dilación creí llegada la ocasión de poner en práctica la técnica de reanimación cardiopulmonar —RCP— aprendida en unas jornadas sobre medicina legal en la Facultad de Derecho en mis tiempos de estudiante.

Escuchaba con estupor los murmullos a mí alrededor y veía las sonrisas irónicas de la gente. Pero al cabo de

unos veinte minutos de ventilaciones y compresiones continuadas, Ángel comenzó a dar señales de vida, expulsando gran cantidad de agua. Unos minutos más tarde comenzó a respirar de forma pausada por sus propios medios. Al verle sonreír tranquilo le recordé el gran susto que me dio mucho tiempo atrás en aquella misma era. No pudo reprimir una enorme carcajada que le ayudó a vaciar un poco más de agua sus encharcados pulmones.

Aunque en momentos de angustia parece que el tiempo se detiene, lo cierto es que la ambulancia no tardó mucho en llegar y el médico que le vio con apariencia tranquila nos dijo: Parece que no es muy grave, pero lo llevaremos al Hospital para hacer una revisión más exhaustiva.

A los dos días del suceso, ya estaba de nuevo en casa, en el poyo de la puerta, junto a sus perros sentado.

Aquel tiempo quedó atrás y ya no hay gente que tender ropa para secar en la era, ni chiva, caballo, bueyes y vaca pastando la yerba fresca, ni tan siquiera un chiquillo sentado plácidamente en la orilla del reguero.

Ángel es un anciano y dicen que desvaría. Ayer pasó por mi casa, con un saco a las espaldas, cabizbajo, tal vez triste, caminando muy despacio y susurrando entre dientes: “El pueblo se está muriendo, solo quedan veinte casas, doce viejos, tres perros y cuatro gatos. Por no tener ya ni tengo un cuarterón de tabaco, vecino para charlar, mujer con quien regañar y niños que echar al saco”....

VIAJE DE IDA Y VUELTA

Marta González Bueno

Fue la pregunta de mi abuela la que despertó mi curiosidad: “¿qué tal te trata?”. Días antes nos habíamos encontrado con ella Juan y yo, pero esperó a la comida familiar del domingo para plantearme lo que me movió a indagar sobre una etapa desconocida de su vida. En ese momento solo contesté reticente “pues normal abuela, como yo a él”.

A los pocos días, siguiendo el consejo de mi madre, me presenté en casa de la abuela, hecho que le produjo una gran alegría. Me arrellené en un sillón de la salita mientras ella preparaba su famoso cafecito “de puchero” que ambas íbamos a compartir. Oí como llamaba a sus amigas para decirles que no la esperaran para la diaria partida de cartas. Antes de terminar el primer cafecito, con una pasta a medio comer, solté un bombardeo de preguntas sobre su vida, lo único que sabía hasta entonces era que había vivido en el extranjero.

Verás, comenzó la abuela solemne, creo que ya tienes edad, y derecho, de saber todo sobre tu familia. Claro que deberás tener paciencia y esperar a conocer todos los detalles en diferentes ocasiones, y momentos, eso en el caso de que sigas manteniendo el interés que se ha despertado en ti. Pero ahora, aquí tranquilas las dos, te voy a contar a grandes rasgos una parte muy importante de mi vida.

Yo soy de un pueblecito de la provincia de Santander. Cuando tenía 20 años conocí a tu abuelo en el pueblo. Él era un forastero que había ido a pasar unos días con un familiar lejano que residía en el pueblo, un indiano, que se había construido una gran casa. Entablamos una

relación amistosa que nos proporcionó un estupendo verano durante el cual los paseos eran diarios, tanto en grupo, la mayor parte, como solos. Recorriamos todas las callejuelas del pueblo, descubriendo facetas y rincones que permanecieron para siempre en mi mente. Llegábamos hasta la playa, deteniéndonos en los miradores desde los que se divisaban los acantilados y los entrañables paisajes que tantas veces evoqué cuando estaba lejos. Las ocasiones en que llegábamos a la punta del Dichoso yo, joven ilusa, lo vivía como un buen presagio del futuro que nos esperaba. Cuando se fue, mantuvimos una correspondencia regular durante un tiempo y él volvió en varias ocasiones. La relación se hizo más estrecha y no pasó mucho tiempo hasta que decidimos unir nuestras vidas, a pesar de la reticencia de mis padres. Nos casamos en Nuestra Señora de las Lindes. y al poco tiempo viajamos a México, donde él había conseguido ya un trabajo por medio de unos conocidos que estaban allí hacía años. Dejé, llena de pena, a mis padres y al resto de la familia y seguí confiada a mi marido.

Hicimos un viaje que me pareció interminable y digno por si solo de una pequeña novela, lleno de dificultades y vivencias insólitas tras el cual llegamos a la ciudad donde yo iba a pasar los peores años de mi vida. Superados los contratiempos del viaje y aparentemente llenos de entusiasmo por emprender una nueva vida, nos establecimos, con la ayuda de las mismas personas que nos habían encontrado el trabajo.

Los primeros meses estábamos tan inmersos en la organización y acondicionamiento del espacio que había de ser nuestro hogar, que apenas teníamos tiempo de malos ratos, ni buenos realmente, porque estábamos todo el tiempo organizando cosas. Yo esperaba ansiosa la vuelta del trabajo de mi marido cada día, porque le quería, y

porque era el único contacto que tenía con el mundo exterior. Incluso las compras necesarias para el consumo diario me las hacía él. Tampoco recibía cartas, hecho que entonces me extrañaba, y del que luego supe bien la causa. Mi refugio entonces fue el imaginario vuelo hacia los lugares que habían sido escenarios de mi niñez y adolescencia. Evocaba cada detalle como un ciego que recuerda los lugares que conoció en el pasado. Yo me alejé de ellos para seguir a mi marido.

Cuando estuvimos un poco más tranquilos y con todo organizado, yo comencé a sugerirle que tuviéramos una pequeña fiesta en casa con aquellos que habían facilitado nuestro trabajo y nuestra estancia, como muestra de agradecimiento. No pareció muy entusiasmado con la idea, pero aceptó y programamos el encuentro para un sábado en el que podían asistir todos los que habían colaborado en nuestro establecimiento allí. Vinieron a casa tres matrimonios, todos algo mayores que nosotros, dos españoles casados con mexicanas y un mexicano casado con española. Yo me esforcé en preparar lo mejor, aunque, inexperta como era, no debió de ser calificado por mis invitados con un sobresaliente. Mucho menos por mi marido, que parecía complacerse en hacer evidentes todos mis fallos. Pero lo pasamos bien, yo estaba feliz de relacionarme con alguien, me parecieron muy agradables y las mujeres congeniamos desde el primer momento.

A este primer encuentro, siguieron otros en que los anfitriones eran las otras parejas, con las que entablamos una agradable amistad. En cada encuentro se desvivían por ofrecernos los productos más exquisitos, que cocinaban con esmero. Pero esa circunstancia, suponía para mí un motivo de disgusto, pues al volver a casa, mi marido me reprochaba el hecho de que yo no supiese estar a su

altura y ridiculizaba mi falta de conocimientos culinarios, y mis escasas habilidades, que hacía extensivas a muchas otras facetas de mi vida.

Para entonces, yo me había quedado embarazada y todo aquello me causaba una profunda tristeza. Estaba deseando el próximo encuentro, pero temía los comentarios posteriores, repletos de frases despectivas. A eso se unía una progresiva indiferencia de mi marido hacia cualquier aspecto de nuestra vida cotidiana, indiferencia que en ocasiones se convertía en comportamientos agresivos cuando por diversas circunstancias tenía que permanecer en casa más tiempo del que deseaba. Todo ello me dolía profundamente, tanto más cuanto mi aislamiento continuaba, con la excepción de los encuentros con los matrimonios, cuyas mujeres fueron para mí hadas buenas. Ellas me enseñaron a cocinar algunos platos que resultaron todo un éxito, aunque nunca logré los elogios, privados ni públicos, de mi marido. Yo los esperaba y los deseaba, pero solo obtenía irónicos comentarios por el mínimo error que hubiera cometido.

Llegado el momento del parto, yo estaba esperanzada en que él me acompañara lo más posible, dentro de lo que entonces era costumbre, y sobre todo confiada en que el bebé iba a ayudarnos a recuperar la chispa y la complicidad, poca y además perdida casi desde el principio, en el duro viaje y nuestro establecimiento en México.

No fue así. Ninguna de mis expectativas se cumplió. El bebé era una niña, una niña preciosa que contra mis pronósticos no contribuyó en absoluto al acercamiento entre mi marido y yo. Más bien lo contrario, ya que él me reprochaba también no haberle dado un varón.

Mi acompañante más fiel en esos días fue Loli, la amiga española a la que debo mucho más de lo que nunca podré agradecer, ni material ni moralmente.

Mi niña era mía. A pesar de ser guapa, tranquila y risueña, su padre la ignoraba tanto como a mí. Todo el amor se lo daba yo, que me sentía muy orgullosa de ella. Con ella pude salir por fin a dar grandes paseos y conocer a otras madres de mi edad.

La abuela interrumpió el relato y se quedó mirándome con una amplia sonrisa. “¿Te cansas?” me preguntó, si quieres lo dejamos para otro día. De esto hace ya muchos años y lo que fue, fue. El tiempo que pasé ya no lo voy a cambiar. Yo estaba completamente atrapada en la historia y lo que deseaba fervientemente era que continuara. Así lo expresé con mi mirada y la taza que extendí para que volviera a llenarla con el sabroso café. Cumplido el ritual, retomó la historia de aquellos años, tristes años, que pasó al otro lado del Atlántico.

Las madres que conocí contaban algunas circunstancias de sus matrimonios, las relaciones más o menos felices, los momentos más o menos tristes, sus contactos con otros miembros de las familias de procedencia de cada uno. No podía deducir que sus vidas fueran perfectas, pero tampoco me parecía que fueran un desastre. En todas adivinaba momentos de gozo intenso, de complicidad, de proyectos compartidos, de vivencias dichas que no habían formado parte de mi matrimonio ni siquiera en los primeros momentos. Mi marido me ignoraba, más, me despreciaba, con un desprecio unas veces sordo y otras explícito, siempre tremendamente doloroso, y que yo notaba que iba en aumento cada día. Yo ya no quería que estuviera más tiempo en casa que el estrictamente necesario, pues sabía que, si ocasionalmente pasaba algunas horas más, podía ser peor para mí. Me

sentía tremendamente sola, triste y temerosa. Solo los grandes paseos con mi hijita querida me abstraían de la fea realidad cotidiana que me había tocado vivir.

Mi físico se deterioraba a la par que mi alma. Parecía que el envejecimiento que estaba sufriendo quisiera proclamar mi existencia desdichada, aunque jamás comentaba nada con nadie. Cuando fui consciente de que mi marido, que guardaba las formas ante los demás, tenía fuera de casa lo que a mí me hubiera gustado tener en la nuestra, ni siquiera me entristeció especialmente, ni me enfadó; nada cambiaba en nuestra relación por tener la evidencia de lo que ya era más que sabido.

Un día, una lucecita de esperanza brilló en mi penosa existencia. Fui al supermercado, siempre con mi querida hija claro, y me encontré con Loli, la buena de Loli que tanto ha significado para mí. Me dijo que cada día me veía más delgada, evitó decir desmejorada, aunque era fácilmente deducible. Sugirió que nos tomáramos un cafecito en una pequeña cafetería que había en el mercado; estaba frecuentada por mujeres, allí no íbamos a llamar la atención, dijo Loli. Comenzamos a hablar y progresivamente, de cosas sin importancia y generalidades, pasamos a cosas más serias y personales hasta el punto de que en un momento dado los ojos se me humedecieron y no pude evitar la caída de alguna lágrima. Loli me animó a hablar y me escuchaba atentamente sin mostrar excesiva pena ni sorpresa. Ella era buena observadora y a pesar de que en nuestros encuentros tanto mi marido como yo disimulábamos nuestro distanciamiento, era consciente de la situación en la que me encontraba. Cuando comprendió que me había desahogado, Loli me habló en voz baja, con ternura y tacto, pero con firmeza: “No puedes seguir así, no puedes resignarte a vivir entre la tristeza y el miedo, tienes que tomar una decisión” Ese breve

comentario tuvo la virtud de infundir en mí un poco de fortaleza, más eficaz que si me hubiera dedicado unas simples palabras de consuelo. Quedamos en pensar las dos sobre el tema, algo se nos ocurriría, dijo, para que yo saliera de ese pozo en el que me estaba enterrando, y mi hijita tenía derecho también a una vida mejor. Debía luchar por ello.

Yo estaba en tensión, Quería abrazar a mi abuela, necesitaba decirle que agradecía que me contara todo aquello que yo nunca había sospechado, pero no encontraba las palabras. En vez de hablar sobre ello dije, como de pasada, que ya no quedaba café y que por el momento no pesaba moverme de allí. Pastas había todavía, pero abrió otro paquete cuando trajo el tercer café. “Solo para ti” dijo, ella tenía intención de dormir por la noche, y ya había tomado suficiente. Y continuo contándome.

Pocos días después tuvimos otro encuentro. Las dos, Loli y yo, habíamos llegado a la misma conclusión: Yo debía volver a España. Fácil de decir, pero se diría que imposible de hacer: no manejaba dinero, estaba casada, no sabía nada de mi familia, no tenía donde ir, tenía una niña pequeña, ien fin! todo eran dificultades, se diría que imposibles de vencer. Pero la lucecita que se había encendido seguía brillando. Yo estaba ilusionada con un cambio que me liberara de la mala vida que llevaba, y que de seguir así pronto iba a marcar negativamente la personalidad de mi hijita.

Una de las más importantes dificultades a vencer era la cuestión del dinero. El que yo manejaba no era mío. Para las compras de la casa, que desde el nacimiento de mi hija ya podía hacer yo, disponía de las cantidades justas que mi marido me daba. Pocas economías podía hacer, aunque lo intentaba.

El tiempo iba pasando, y de vez en cuando seguíamos reuniéndonos los matrimonios, manteniendo las apariencias de una situación agradable y sin problemas. Loli y yo intercambiábamos miradas y alguna frase corta para propiciar un nuevo encuentro en el café del mercado, lugar en el que nos sentíamos a salvo.

Cuando mi hijita tenía cuatro años, los acontecimientos se precipitaron. Una conjunción oportuna de factores con los que a veces nos favorece el azar, quizás propiciados por la fuerza del deseo, hizo posible que encontráramos el camino que conduciría a mi liberación. Fue Loli quien tuvo la fuerza, la habilidad, el tacto y la astucia de encontrar ese sendero por el que yo tendría que caminar con sumo cuidado de no tropezar en los múltiples escollos que lo jalonaban.

Uno de los viajes que salían de México con destino a España, iba a contar entre sus pasajeras con una dama de la alta sociedad, que, habiéndose quedado viuda, quería conocer a su familia al otro lado del Atlántico. Y, por mediación de mi querida Loli, me contrató como ayudante y acompañante, haciéndose cargo de todos mis gastos. Aceptó que yo fuera con mi hija, aceptó no hacer preguntas sobre mi situación, aceptó correr los riesgos que podía conllevar este contrato no escrito, con pocas garantías para ella. Su confianza en Loli debía ser muy fuerte, y su conciencia de mujer, que quizás había sufrido alguna experiencia desagradable, la hacía solidarizarse con mi situación, aunque yo no sabía hasta qué punto la conocía.

Pero se hizo. Embarqué a una hora en que se suponía que paseaba, hacía las compras o arreglaba la casa. Él volvería tarde, como todos los días y ya no me iba a encontrar. Iba a tardar mucho tiempo en adivinar o comprender que había sido de mí y de su hija, si es que conservaba el mínimo interés. Puede ser que ya no tuviera ni

deseo de castigarme. Pero yo sabía que no podía fiarme, que no podía ni soñar con volver al maravilloso pueblo donde había vivido mis primeros años, puesto que, de quererme buscar, empezaría por ahí.

Por fortuna, al tanto de todo estaba Loli, mi ángel protector, anticipándose a lo que no podía dejarse al azar. Yo no podía vagar por cualquier lugar con mi hijita sin levantar sospechas, con probabilidades de ser víctima propicia de comportamientos abusivos. Loli, que se había educado en un colegio para huérfanos de militares donde asistían alumnas de toda España, mantenía contactos leales con muchas de las antiguas alumnas; no eran únicamente compañeras, se consideraban hermanas. Pensó en una ciudad que no tuviera que ver nada con mi lugar de nacimiento y donde ella tuviera contactos seguros. Y aquí ella tenía una amiga de edad parecida a la suya, unos 12 años más que yo.

Lo prepararon todo en pocos días, por teléfono. Su amiga, Rosa, no sólo me iba a acoger en su casa y en su mercería como dependienta, sino que además se ofreció para ir a buscarme a Barcelona de forma que yo no tuviera que permanecer sola en el lugar de llegada, nada más que las horas imprescindibles.

Aquí no pude ya contenerme, me levanté y di un abrazo a la abuela como hacía muchos años que no lo hacía. Me sentía formando parte de una cadena de solidaridad que me llenaba de orgullo, aunque yo no fuera protagonista de nada. Mi abuela recibió el abrazo con satisfacción y una amplia sonrisa, y siguió narrando con sosiego, esa etapa de su vida ya superada, pero que aún provocaba en ella pequeños rictus de dolor o sonrisas de agradecimiento, casi imperceptibles ambos, esbozados en las breves pausas de su relato.

Todo salió bien. La señora con la que viajé se despidió de mí cuando llegamos. Ella fue recibida por sus familiares, que parecían muy contentos de reencontrarse. Agradecí su generosidad, su tacto y su amabilidad, y me separé rápidamente de ella para no causarle problemas teniendo que dar explicaciones sobre mi identidad.

Enseguida encontré a Rosa, que se convirtió en mi hermana mayor, en mi amiga, en mi benefactora. Estuvo pendiente desde el primer momento de todas nuestras necesidades, mi hija fue también suya. Oficialmente, de cara al exterior e incluso para su familia, yo era una prima lejana del marido, eso fue lo que acordamos para no tener que dar explicaciones. Era muy distinta a Loli, más habladora, quizás porque su trabajo implicaba el trato con muchas personas, su alegría me cautivó y me dio una paz a la que me permití abandonarme y que transmitía a mi hijita, que daba abrazos y besos a todos los que se acercaban a ella.

Te parecerá que esto es una historia de solidaridad entre mujeres, y así es. Pero no quiero que pienses que los hombres no tuvieron su parte en toda aquella historia, mi historia. Nunca lo hicimos explícito, pero estoy segura de que el marido de Loli tuvo mucho que ver en el desarrollo de los acontecimientos. Y del marido de Rosa, que acogió y soportó mi presencia en la casa como la prima lejana, durante varios años, te he hablado muchas veces en supuesta calidad de bisabuelo. Y es que para mi hija fue su padre, su abuelo, su protector. Establecieron una complicidad que a veces nos ponía celosos a los demás.

De tus bisabuelos biológicos, mis padres, no supe nada durante muchos años. La ausencia de cartas, que en los primeros meses me extrañaba, me dolía y me desazonaba, la acepté como otra consecuencia inevitable de mi desafortunada relación, cuando tuve la certeza de que era

causada por mi marido. Especulaba con la posibilidad de un feliz reencuentro, pero temía que hubieran muerto. Una vez de vuelta, el miedo a ser localizada me impidió iniciar cualquier tipo de búsqueda. Cuando supe de ellos, muchos años después y por una casualidad, ellos ya se habían ido, seguro que con una inmensa pena por la ausencia de su hija.

Esto es una parte de mi historia, niña. Los detalles, como te he dicho, vendrán poco a poco, ahora que sabes lo principal. Seguro que con lo que te he contado entiendes mejor mi preocupación porque encuentres un buen muchacho con el que compartir tu vida. Tu madre tuvo suerte, se casó con el hombre estupendo que es tu padre, y ahí estáis, tú y tu hermano, que sois dos diamantes. Soy feliz de teneros. El bienestar del que gozo en la actualidad hace que haya aceptado aquella etapa oscura y desgraciada de mi vida. Pero no te voy a engañar, siempre estoy alerta y las punzadas que a veces siento en mi corazón proceden del deseo de saber cuál fue el devenir de la vida de mis familiares, de mis padres, de mis hermanos, de mis tíos y de sus hijos.

Para ese momento ya me había permitido dejar correr por mis mejillas unas lágrimas que no sabía si eran de pena por lo mal que lo había pasado mi abuela, de alegría por la superación de sus penas, o de agradecimiento por compartirlo conmigo. Pero en todo caso, había tomado una determinación que todavía no comuniqué a la abuela: iba a localizar a sus familiares biológicos, que también lo eran míos, y la sorprendería con el estupendo regalo de un encuentro. Por el momento me contenté con darle un fuerte abrazo, otro más, mientras le daba las gracias de nuevo y ella me prometía otra vez que me contaría todos los detalles.

LA AMISTAD PERDURA SIEMPRE

Tomás Díez Vivas

El reencuentro

Se lo había comentado un compañero de dominó un día que tomaban café después de la partida:

—Me he enterado de que se ha creado una Asociación de Huérfanos del Ejército. Me han dicho que se reúnen anualmente para hablar de sus cosas en ciudades donde hubo un colegio de huérfanos y que este año es en Cáceres. Según me has dicho, tu estuviste estudiando en uno que había en Carabanchel al morir tu padre, ¿por qué no vas? Seguro que te encontrarías con muchos de tus antiguos compañeros.

—No creo que queden muchos —contestó Ramón—. Han pasado demasiados años. Además, si alguno queda, seguro que ya ni me reconoce. Yo era muy delgado y tenía mucho pelo, y ahora ya me ves: con tripa y calvo.

—Eso no importa, el tiempo pasa para todos —le dijo Pedro, que así se llamaba su amigo—. Tú vas, te presentas, y alguno habrá que, como tú, ya no será igual físicamente, pero al que reconocerás seguro tan pronto como se identifique. Siempre te he tenido algo de envidia por las aventuras que, como «Pínfano», has vivido. Recuerdo una que me hacía mucha gracia y que demuestra un compañerismo que ya solo se ve en las películas. Es aquella en la que uno de tus amigos ganó un par de zapatos Gorila que daban como premio al mejor alumno del mes, y que tan pronto los recibió, y a pesar de las penurias que me has contado que pasabais, los vendió en el Rastro

para invitaros a los amigos a unas raciones de calamares y berberechos en el bar Cambados que había en General Ricardos.

—La cuestión —dijo Ramón rascándose la calva—, es que no sé cómo ponerme en contacto con ellos.

—Hombre, Ramón, no creo que eso sea tan difícil. Te clea en Google «Asociación de Huérfanos del Ejército» y seguro que allí tienes toda la información que necesitas.

—Pues me parece que sí, que lo haré en cuanto llegue a casa.

Llegada al Hotel

Ramón llegó en coche al Hotel Barceló de Cáceres. El viaje había sido bueno e iba sólo —se había quedado viudo hacía tres años— y pensó que el ver a sus antiguos compañeros y recordar viejos tiempos quizá le mitigara la amargura en la que vivía desde que murió Luisa, su mujer. Las reuniones de los jueves para almorzar y jugar al dominó con sus amigos en el Hogar del Jubilado de Zamora, apenas le servían para aliviar por unas horas la soledad en la que se encontraba desde entonces.

En el hall del hotel se encontró con distintos grupos hablando animadamente entre sí. Se dirigió al mostrador para hacer la confirmación de su reserva.

—Hola, soy Ramón Hernández y tengo reservada habitación para el encuentro de los Pínfanos.

Al oír su nombre, una persona que estaba al lado recogiendo su maleta, exclamó:

—¿Tú eres Ramón Hernández Rivadabía?

—Sí, ¿quién eres tú?

—Coño, ¿no me reconoces? Soy Amador, el Chispa.

—Joder, el Chispa. La verdad es que sí, ahora que lo dices sigues igual. Un poco más canoso, pero con la misma cara de cachondo que tenías entonces.

—¿Qué es de tu vida? —le preguntó el Chispa.

—Pues nada, chico, me casé, tengo tres hijos, varios nietos y estoy viudo desde hace tres años. Vivo en Zamora... —y así continuaron un rato hablando animadamente de sus cosas.

—Ven, le dijo El Chispa. ¿Te acuerdas de Romerito?

—Claro que me acuerdo. Aún recuerdo el día en que le pillaron copiando y dijo que sólo estaba mirando la lista de cosas que le había dicho su madre que tenía que hacer cuando llegara al colegio.

...Y así, acompañado del Chispa, fue pasando Ramón de grupo en grupo hasta que finalmente pasaron al comedor para celebrar la Cena del encuentro.

Misa de Hermandad

Plenamente integrado ya en el grupo —efectivamente, se había encontrado con más compañeros de los que pensaba— y después de visitar el casco antiguo de Cáceres y de tomarse un gintonic con ellos hablando hasta las tantas de la madrugada, se acostó Ramón pensando en Luisa. Como cada noche al meterse en la cama notó el frío de su ausencia, y extendiendo su mano hacía el costado que durante tantos años estuvo ocupado por ella, dio dos palmaditas a la almohada y le deseó buenas noches al tiempo que le enviaba un beso al cielo.

Al día siguiente, domingo, se fue Ramón a la Misa de Hermandad que se celebra todos los años en recuerdo de los Pínfanos fallecidos.

Este año era en la Iglesia de San Juan, en pleno centro de Cáceres.

Como hacía siempre que iba a un sitio desconocido, se había molestado en mirar en Wikipedia la historia de la Iglesia:

Estilo gótico, construida en el siglo XIII, aunque no se terminó definitivamente hasta el XVIII después de varias reformas. Era conocida popularmente como San Juan de los Ovejeros por celebrarse en su entorno las ferias de ganado de la época...

Entró y se sentó en un banco que daba al pasillo central. La iglesia estaba llena de los fieles habituales a los que ese domingo se les habían añadido ellos, los Pínfanos. Todo transcurría con normalidad hasta que, a la hora de la Comunión, oyó algo que él había cantado muchas veces cuando era pequeño. Escucharlo de nuevo le hizo sentir un nudo en la garganta al recordar cuando, cogido de la mano de su madre y con el frío calándole hasta los huesos, iban a misa los domingos. La letra decía así:

*Oh, buen Jesús, yo creo firmemente
Que, por mi bien, estás en el altar.
Que das tu cuerpo y sangre juntamente
Al alma fiel en celestial manjar*

Ver a aquellas personas mayores —ya sólo van a misa las personas mayores— arrastrando los pies, cantando con las manos juntas, las espaldas encorvadas y huesudas y los ojos casi cadavéricos mirando al suelo, dirigirse a recibir la Santa Comunión le emocionó tanto que no

pudo, ni quiso, evitar que las lágrimas resbalaran por su rostro. Siempre había sido un poco llorón, pero ahora, con la edad, y desde que murió Luisa, su mujer, cualquier cosa que le resultara emotiva era suficiente para provocar su llanto.

Mientras pensaba en ella y en lo pronto que estarían juntos —nunca tuvo muy claro lo de la otra vida, pero siempre que miraba desde el balcón de su casa a las miles y miles de estrellas que adornaban cada noche el refulgente cielo zamorano—, pensaba en que todo aquello no podía ser fruto de la casualidad: por fuerza tenía haber Alguien que estuviera muy por encima de lo que somos y conocemos.

Siguió llorando disimuladamente en la penumbra de la Iglesia, al tiempo que rezaba y daba gracias a Dios por todo lo que le había dado: estaba sólo, gordo y calvo, pero había sido muy feliz con Luisa y tenía unos hijos y nietos sanos a los que adoraba. Mientras tanto, en la Iglesia se seguía cantando:

*Espero en ti piadoso Jesús mío
Oigo tu voz que dice ven a mí
Porque eres fiel, por eso en ti confío
Todo, Señor, espérolo de Ti*

Y, por primera vez en mucho tiempo, Ramón no sintió ese dolor agudo en el pecho que le asaltaba siempre que pensaba en Luisa. Se dijo a sí mismo que mientras estuviera vivo tenía otras cosas más importantes que hacer que jugar al dominó los jueves y regodearse en la tristeza de sentirse solo el resto de la semana.

Al terminar la Misa se cantó el himno «La muerte no es el Final» en honor de los Pífanos fallecidos y de los Caídos de las Fuerzas Armadas Españolas. Esto provocó en

Ramón un nuevo episodio de llanto al recordar a sus amigos desaparecidos y, sobre todo, a Luisa, la fiel compañera con la que convivió 42 años.

Despedida

Mientras se dirigía al coche para volver a Zamora pensó que ya no se encontraba tan solo. Después del encuentro de Cáceres sabía que había muchas personas que, a pesar del tiempo transcurrido, se acordaban de él y seguían siendo sus amigos e interesándose por sus cosas.

Los dos días y medio habían pasado volando. Había intercambiado su número de teléfono y dirección de correo electrónico con mucha gente, y se habían prometido llamarse regularmente para mantener viva la relación.

Al girar la llave de contacto se felicitó de que Pedro, su amigo zamorano, le hablara de la Asociación. Había supuesto una alegría inmensa para él —quizá la única desde la marcha de Luisa— el comprobar que la amistad surgida en aquellos duros años de colegio, donde tantos sacrificios pasaron para forjarse un porvenir mejor, aún permanecía inalterable entre ellos. En esos momentos se acordó de Cervantes y de cuánta razón tenía cuando dijo aquello de: Amistades que son ciertas, nadie las puede turbar.

Mientras conducía y observaba con pena alejarse el autobús que llevaba a Madrid a la mayoría de sus antiguos compañeros, un pensamiento se sobrepuso a todos los demás: ojalá el año que viene, en Oviedo, pudieran volver a reunirse de nuevo para seguir contándose sus cuitas.

¡Que así sea!

EN PRESENTE CONTÍNUO

Enrique Gómez Torreiro

Dan ganas de gritar: ¡¡SIN EMPUJAR...!!

Porque ya estoy a las mismísimas puertas del cambio de dígito... Lo que en mis albores parecía una eternidad llegó en un suspiro, mirándolo retrospectivamente. Y es que quién me empuja es el más tirano, chulo y desvergonzado que conozco. Pasa delante de nosotros a velocidad de vértigo, pero no hay autoridad local ni universal capaz de multarle por exceso de velocidad o pararle los pies.

Si hay un punto de inflexión «oficial» para que te cambie la vida, para asomarte a su precipicio sin vértigo suponiendo no lo hayas hecho ya antes, ese, hoy por hoy, es (era en mi caso) el 65 ¡Y subiendo...!

Llegas aquí (sí ¿y ahora qué aparte de hacer balance?) después de muchas batallas, algunas, las menos, ganadas al estilo churchiliano. Las que perdimos y las frustraciones son esas muescas tatuadas en tu piel que llaman arrugas y por regla general son más numerosas que las producidas por reír.

La guerra realmente la tenemos todos inexorablemente perdida.

Nos pasamos la vida pidiendo y buscando algo: Alimentos y cuidados primero en absoluta dependencia; sensaciones e independencia de nuestros cuidadores después... Más adelante nos tiranizan las hormonas y una vez superado el trauma inicial, perseguimos uno o más ideales para, finalmente, pedir la hora y un descanso,

aunque luego tal vez te arrepientes porque el eterno está a la vuelta de la esquina.

¿Qué fue de aquellos ideales? ¿Merecían la pena? ¿Cuántos valores humanos has salvado del accidentado viaje?

Veo un paisaje de banderas inicialmente flamantes y marciales desgarradas por el viento y los elementos... ¡Harapos de colores en un mástil a la deriva!

Ahora toca mirar hacia atrás, por el retrovisor si te lo permiten las cataratas, las cervicales o la memoria que tan infiel se nos ha vuelto últimamente; ser actor o relator de batallitas y conjugar en pasado todos los verbos excepto olvidar, repetir y despistar. Te haces adicto a frases como: ¿Te conté ya que...? Lo tengo en la punta de la lengua... Veo su cara, pero no me sale el nombre... ¿A que venía yo aquí...?

Sin apenas porvenir en cuanto a expectativas, más cortos de ilusiones y sin poder ni querer dimitir de padres hasta el último suspiro, tratas de proyectarte en tu descendencia si la tienes, en su presente y futuro y te haces eco viviente y multiplicador de sus logros y reveses. Sus ilusiones, alegrías y vitalidad serán el mejor viento para hinchar nuestras velas y seguir navegando hasta el final de nuestra singladura allá en el último mar.

Si por ventura tienes nietos estallarás de alegría y tu corazón se ensanchará para hacer un hueco al recién llegado, pero no busques el pan bajo su brazo... ¡ese es para sus papás!

La rosa de esa nueva vida será más flor que espinas para ti gracias al amor de padres duplicado y aun así te pincharás a veces... Tendrás que ponerte de nuevo en modo padre, lo que exigirá un gran esfuerzo físico y mental para retroceder a un ciclo de tu vida pasada bastante

oxidado. La mujer, al contrario, se adapta en cinco minutos, rejuvenece, se retroalimenta y crece...

Ellas siempre fueron las más fuertes, aunque estábamos convencidos de lo contrario. No en vano son el eje del universo, la rueda que mueve el mundo... las que dan la vida.

Los hombres aprenden eso con los años, aunque desgraciada y lamentablemente muchos no; de ahí la negra y dramática estadística por culpa de aquellos que alteran los tempos y las matan antes de darse muerte.

Los más previsores se preparan para esta etapa de los sesenta y tantos tomando distancia emocional para ser menos vulnerables. En la soledad — buscada o no— caes en la cuenta de que casi nadie te conoce tal como eres, ni los más cercanos y te enrocas a veces como en el ajedrez. Tú a estas alturas te conoces ya un poco y conoces a los tuyos o al menos sabes lo que no les gusta de ti, pero ¡es casi imposible cambiar en este tramo!

Empiezas a aceptar que somos como nos ven los demás y tienes que tirar del sentido del humor para evitar volverte invisible y autista, formando parte del mobiliario urbano o te conviertas en una mera extensión de ese banco de piedra o madera del que te has vuelto tan habitual. Pero ahora tiremos de Matemáticas:

$65 = 6 + 5 = 11$ años virtuales (adolescencia regresiva).

Más o menos a partir de aquí volveremos a comportarnos como a esa edad, aunque mermados de espontaneidad, armas y capacidades.

Iremos retrocediendo paulatinamente hasta convertir aquel 11 en $1 + 1 = 2 =$ bebé = gaga... y no queda otra que aceptarlo deportivamente.

La verdad, no es un hito a celebrar, pero una especie de «inconsciencia» colectiva (¿instinto de conservación?) o

el fin de la vida laboral nos impele a hacerlo. Ciertamente perder facultades y referencias, despedir cada vez con más frecuencia a familiares y amigos, acabar en una residencia o empezar a dar penita y volverte más cursi que los anuncios de un perfume no parecen precisamente dignos de celebración...

Pero, en España especialmente, es casi pecado mostrarse pesimista por más que la botella medio llena o medio vacía no sea más que eso, una botella mediada... Hay una cierta presión en el ambiente para dar la vuelta a las cosas negativas e intentar verlas en positivo, hazaña para algunos harto complicada pues llegados a esta edad algunos somos realistas/pesimistas (o como dicen en ciertas latitudes, más negativo que el culo de una pila). Porque si de verdad fuese algo tan positivo ¿por qué carajo (en su acepción mejicana, por ejemplo, para no herir la sensibilidad de los «menores de edad» que van a leer esto) todo el mundo suspira por su juventud y reniega por lo bajinis de la vejez?

Es cierto que hay algunas contrapartidas positivas en esto de cumplir años: Tienes las ideas más claras, sabes lo que realmente importa, «ves venir» a la gente de lejos y no precisamente porque haya mejorado tu vista; distingues entre el fondo y la forma y ilesa de las gozadas!: puedes decir NO a un montón de cosas...

Te acercas a la Filosofía —de la vida— y con eso ayudas a las Humanidades y a la Humanidad, ambas de capa caída actualmente; te relacionas con la Física a través de la teoría de la relatividad, confirmando que todo en esta vida es relativo, que hay muy pocas verdades absolutas y prestas más atención a tu centro de gravedad que ya no está tan equilibrado... Einstein, Newton y tú, todo en uno ¡casi nada!

Serenas tu vida porque ciertas acciones y conductas ya no te afectan como antes y vas desterrando poco a poco ciertos lastres: algunas vanidades, el orgullo innecesario, el odio y el rencor por su efecto bumerán (o boomerang... ¡que se vea que uno es leído!) que finalmente dañan tu salud física y moral.

Pasas del represivo qué dirán y concedes importancia relativa a los agravios e injusticias, salvo que te pueda tu condición de adolescente regresivo y entres a la bronca como en los tiempos del internado... Cuidas los amig@s, los de verdad y te guardas de palmeros y de los que practican el deporte de malmeter. La amistad ha de circular en los dos sentidos, aunque tú recibas menos de lo que das. Aceptamos que no podemos caer bien a todo el mundo y que donde no te quieren estás de sobra... En estos casos mejor tragarse el dolor porque todo lo que hagas o digas estará mal y no gastar ni tiempo ni esfuerzo, ahorrando esa energía para el futuro.

Y puestos a buscar ventajas pírricas de reír por no llorar, te haces mejor persona, aunque más cascarrabias y difícil de aguantar. También te libras de esa nueva enfermedad que viene de la mano de las redes sociales, la ansiedad por conseguir cuarto y mitad de aplauso, «likes» / «me gusta» o los «twits/tweets» o los «retweet» porque ya habíamos quedado en que la opinión de los demás nos la trae al paio...

En fin, brindaremos pues a pesar de todo, aunque sea un brindis al sol para que siga brillando y calentando; para que una parte de aquel espíritu rebelde juvenil no nos abandone nunca y las tiránicas pastillas nos dejen hueco para gastronómicos placeres ya que nuestro apetito, afortunadamente, no es nada tímido. Que el humor no nos abandone ahora que sabemos reírnos de nosotros mismos y, por ende, de casi todo lo demás.

Brindemos incluso por nuestro bautismo como cangre-
fantes de la cofradía del Presente Continuo en la que ofi-
cial y virtualmente ingresamos... (A la fuerza).

Al fin y al cabo, brindar es beber... ¡y vivir!

«Beati hispani quibus bibere et vivere idem est»

(Lo importante es beber pese a las burlas de los roma-
nos en tiempos de Julio César por nuestra mala pronun-
ciación del latín...)

Una casa vacía, llena sin embargo por tu imagen incor-
pórea. En cada rincón un recuerdo, en cada recuerdo una
herida, un hondo dolor... Desde tu mortal silencio activas
mi memoria con imágenes y palabras: épocas, momentos
e instantes; paisajes, lugares... en fin... vida.

Amor de madre; el más grande, limpio, sincero y des-
prendido, único y universal, sólo comprendido y asu-
mido plenamente cuando pasamos de rama a raíz.

Empezamos la vida siendo amados, egoístas y protago-
nistas; pequeños cuervos de distintos colores: Todos y
todo son y están para nuestro servicio y utilidad. En el
tramo final de nuestro viaje nos arrepentimos primero y
cedemos y compartimos después. Somos conscientes al
fin de que en el fondo todo eso no era más que el guion
existencial escrito por la naturaleza.

(En esa fecha señalada mi madre que justamente hoy,
Día del Libro, cumpliría 100 años, mis otros seres queri-
dos y l@s que me dolían en el alma no podían faltar en
mi recuerdo).

RECUERDOS

Tomás Gamero García

Veníamos de vivir en un piso amplio en una localidad grande, así que cuando vi la casa me pareció bastante fea y antigua. No me gustó.

Llegamos a mediodía. Hacía mucho calor. El tren nos había dejado en una estación también fea y antigua. Esa fue mi primera impresión. Con el tiempo reconocí mi error. No era para tanto. Era mi estado de ánimo. Ahora recuerdo el camino como una bonita carretera flanqueada por álamos y plátanos con esas bolitas de pica-pica que usábamos para fastidiar y ver cómo se rascaba a quien tocaba. Olía bien.

Mi madre nos había dicho a mi hermana y a mí que la casa era provisional. Que encontraría otra mejor. Estaríamos allí hasta que nos llamaran para ingresar en el colegio. Mi hermana en uno de chicas y yo, de chicos, de huérfanos de militares. Íbamos a estar muy bien. A mí me harían un hombre de provecho y a mi hermana una mujercita de su casa. Así, en este orden y con estos argumentos,

Nos instalamos enseguida. Lo poco que teníamos cabía en dos maletas: ropa y algunas fotos familiares.

La habitación era alquilada con derecho a cocina. Grande. Una cama de matrimonio y otra individual. La primera para mi madre y mi hermana, la pequeña para mí. Mejor. Dormiría solo.

Cenamos pan y queso. La mujer que nos había alquilado la habitación nos trajo agua. Estábamos cansados y nos acostamos pronto.

Ya en la cama pensaba en mi nueva vida. Intentaría pasar el verano lo mejor posible. Después vendrían el internado y los estudios. Iba a estar mucho tiempo sin ver a mi madre y mi hermana, Eso me entristeció. Rezando me dormí.

Al día siguiente después de desayunar sopas de leche bajé a la calle. La casa ya no me pareció tan vieja, incluso tenía su encanto. Viviendas en torno a un patio grande y cuadrado.

—¿Dónde vives?

—En el «patio cuadrao».

Allí se hacía la vida. Una fuente grande en el centro, para llenar de agua cántaros que servían para el servicio de las casas. Artesas y tablas para lavar la ropa. Cuerdas a los lados para tenderla y que luego una horquilla levantaba para que no rozara el suelo. Se hablaba, se reía. Se cuchicheaba y analizaba la vida del vecindario. Alguna trifulca por diferentes puntos de vista, pero mucha ayuda cuando se necesitaba. Barreños para calentar el agua al sol y luego bañar a los más pequeños tal como vinieron al mundo. Perros y gatos retozando corriendo detrás de alguna mariposa. Pájaros compitiendo por el mejor trino. Se respiraba tranquilidad.

Ya en la calle y, por un momento, anduve un poco desorientado. No había nadie. Un pequeño riachuelo — la cacera— separaba las casas de un gran descampado. ¡Qué bien se jugará aquí al fútbol!

Y, como por encanto, aparecieron un grupo de chicos con una pelota. ¡Qué alegría!

—¿Puedo jugar?

—Sí. Necesitamos uno más.

—¿De qué?

—De portero o defensa.

—¿Cómo te llamas?

—Jesús. Soy nuevo en el barrio.

El partido estuvo muy igualado. Empatamos y no hubo riñas de quién era el mejor. Me extrañó y me alegró a la vez. Estos lances, a veces, acaban en pequeñas peleas sin importancia, por un gol o un fuera de banda. Al día siguiente como si no hubiera pasado nada.

Se fueron todos menos uno —Antonio me dijo que se llamaba.

—¿Quedamos para mañana?

—¡Pues claro!

Con un bocadillo en la mano, Antonio y yo nos juntamos y empezamos a descubrir cosas alrededor de la casa. Vivíamos muy cerquita, así que con «una voz» bajábamos enseguida.

Era muy divertido. A los dos nos gustaba la calle y el aire libre. Nos compenetrábamos muy bien.

Enfrente había un edificio muy grande. Era el Palacio Real. Una gran explanada nos daba la bienvenida. Alrededor bunivos de piedra preparados para subir y bajar rápidos. Allí instalaron un circo para rodar una película: «El mayor espectáculo del mundo». Se quemó y se armó un gran revuelo. Esa noche no dormimos nadie

Había una puerta destartalada, que, con un pequeño empujón, abríamos y nos metíamos dentro. Nunca tocamos ni nos llevamos nada. Nos limitábamos a recorrer las enormes estancias llenas de cosas que ni sabíamos apreciar. Muebles, cuadros, lámparas, tapices con escenas bellísimas. Jugábamos al escondite cuando nos juntábamos con los del fútbol. Ya en la calle, a tula, a churro,

al truke. Benditos juegos que animaron nuestra infancia.

El río, aún en verano, traía mucha agua. Lo habían desviado dentro de los jardines del palacio —la ría la llamaban—. Allí nos bañábamos sin miedo a los grandes agujeros con corriente incluida, que podían engullirte y no dejarte salir. Y pescábamos peces, con una rudimentaria caña que el padre de Antonio le había hecho. Y cogíamos ranas y isapos! Si mi madre se hubiera enterado de nuestras andanzas seguro que más de un zapatillazo habría caído. Por suerte, nunca lo supo.

Nos adentrábamos en los inmensos jardines. Grandes paseos flanqueados por todo tipo de vegetación. Árboles de distintos tamaños, de otros lugares. Setos con formas originales. Flores de colores variados. Quioscos que, en su tiempo, habrían acogido conciertos de orquestas famosas. Estanques con peces y patos que hacían las delicias de los visitantes. Todo era grandioso y a la vez precioso y hermosísimo.

Pero nuestro interés era subirnos a los árboles y coger pajaritos que llevábamos a casa y que mi madre, aprovechando la siesta, volvía a darles suelta.

La siesta. Sagrada siesta. Mi madre tiraba una manta en el suelo y, ella en medio y nosotros a cada lado. ¡Ni moverse! Alguna vez, cuando ella se dormía yo aprovechaba y me bajaba por el balcón. Ya en la calle aparecía Antonio que había hecho lo mismo en su casa y emprendíamos otra aventura.

En agosto ponían la feria en el descampado de los partidos de fútbol. Lo pasábamos en grande subiendo en los cachivaches. La Noria, La Ola, El tren de la Bruja. Las Barcas. El Látigo. En el tiro a pichón ganábamos algún peluche que regalábamos a las chicas de la pandilla,

previo cándido beso. Y comer altramuces —chochitos les llamaban—. «Dos reales de chochitos». Pastillas de leche de burra, caramelos. Comprábamos las golosinas con algún dinerillo que nos daban las vecinas. La tarde se iba de maravilla.

Aprendí a montar en bicicleta. Antonio tenía. Previo pago de chucherías, me la dejaba. Después de algunos mamporros y pequeñas heridas, conseguí guardar el equilibrio. Nos íbamos a la cuesta de la Reina y la bajábamos a toda velocidad. Mi madre tampoco se enteró. Para ella, las heridas eran de ramas sueltas.

Y los melones —de mayor quiero ser melonero—. Montaban un puesto con unas lonas grandes partidas en dos. Una para el negocio y otra para dormir. Así vigilaban las mercancías —¡yo quiero dormir con ellos!—. Casi lo consigo. Tenían una hija —María— que se hizo muy amiga nuestra. Intentamos convencerla de pasar la noche con ellos, pero mi madre dijo que no. Lo más que conseguimos fue que nos regalaran medio melón a cada uno. ¡Nos supo a gloria!

Un día estábamos la pandilla jugando a la bombilla. Nos llamó la atención los ladridos lastimosos de un perrillo que se había caído a la cacera y no podía salir. En un momento se hizo una cadena y entre todos lo sacamos sano y salvo. Acabamos llenos de cieno y con la consiguiente regañina en casa. El animalito se lo quedó una señora que vivía en un castillo que había a pocos pasos del «patio cuadrao». Tenían caballos y, a veces, íbamos a ver al perro y nos dejaban montar. ¡Qué jolgorio! y ¡qué cara de envidia de la gente al vernos pasar! Después nos daban agua fresquita con litines.

Poco a poco el verano se acababa. Los días se tornaban melancólicos y con un no sé qué en la barriga que me

entristecía. Ya sabía que en octubre ingresaría en el colegio. Mi madre se empeñaba en prepararme el cabás, una especie de maleta pequeñita en la que iba metiendo las cosas de aseo y las mudas. Lo demás te lo daban allí.

No quería ir al colegio. Las situaciones que no conocía me creaban inseguridad. A la postre era un niño que no quería separarse de su madre y ahora estaría una buena temporada sin verla. Me sentía vulnerable y solo. Tampoco podía rebelarme. Mi madre tenía razón. Era lo mejor para mí. Con su pequeña paga, no podía tenernos a los dos en casa. Con mucho sacrificio nos sacaría de vacaciones, si podía.

—No tienes padre. Ahora ellos, los compañeros de tu padre que crearon estos colegios para vosotros son tus padres. Tu padre querría lo mejor para ti. Ellos también lo querrán. No me defraudes ni les defraudes. Pórtate bien, estudia y haz caso a todo lo que te digan.

Con los años reconozco que el internado ha sido de las cosas más importantes de mi vida. Lo fue todo y me enseñó a ser un hombre de provecho. Frase que mi madre, todas las madres son sabias, me dijo que sería, si hacía caso de sus consejos.

Y lo conseguí. Ser alguien en la vida.

EL ESPEJO DE LA VIDA

Tomás Díez Vivas

Comienzo

El padre se había empeñado en transmitir a su hija una idea que, con el paso del tiempo, se había instalado en él. La vida, hija, le decía, es como un Gran Espejo. Sólo refleja lo que nosotros les mostramos: si reímos, ríe, y si lloramos, llora.

Cuando le decía esto trataba de evitar que cometiera los mismos errores que él había cometido; ya que por formación primero, y por deformación profesional después, él siempre había creído que la Tercera Ley de Newton según la cual cada acción debería tener su reacción correspondiente de forma inmediata era también aplicable a las personas. Pensaba así hasta que, ya con bastantes años, decidió cambiar su trayectoria profesional. Recuerda que fue nombrado Director General de una empresa tecnológica y en su primer consejo de Administración el miembro de mayor edad le llevó a un rincón de la sala y le dijo:

—¿Conoces el chiste del Director General?

—No.

—Pues verás, se trata de que llegó un nuevo Director General a una empresa y decidió ver si su equipo directivo tenía las capacidades que él quería para abordar el nuevo rumbo que quería dar a la Empresa. Así que llamó a su despacho al Director Técnico. Cuando lo tenía enfrente le preguntó:

—¿Cuántas son dos más dos? El hombre respondió sin dudar:

—Cuatro, dos más dos siempre son cuatro.

—Muy bien, puede retirarse. Mientras lo hacía, el D.G. pensaba que, efectivamente, ese hombre ocupaba el puesto adecuado.

Después llamó al Director Comercial y le hizo la misma pregunta:

—¿Cuántas son dos más dos? El D.C. pensó que allí había algo de truco y no contestó directamente.

—Todos sabemos cuántas son dos más dos— dijo.

—Sí, pero yo quiero que me lo diga usted.

Ante la insistencia de la pregunta y desconfiando aún del porqué de esta, contestó:

—Lo normal es que sean cuatro en nuestro Sistema Métrico Decimal, pero si la pregunta se hace en binario, octal, hexadecimal u otro cualquier sistema de numeración la forma de expresar el resultado podría variar. Por eso —continuó—, y si tengo que decir algo concreto creo que lo correcto para evitar malentendidos sería decir que la solución puede variar entre tres y cinco.

—Muy bien, puede retirarse.

Mientras el D.C. cerraba la puerta el D.G. pensó que éste también seguiría ocupando su puesto. Se había mostrado cauto y sabía que la rigidez en un planteamiento comercial no siempre es la mejor estrategia para conseguir un objetivo.

Por último llamó al Director Administrativo Financiero. Cuando éste llegó al despacho y le hizo la misma pregunta, el DAF se levantó, cerró la puerta del despacho y bajando mucho la voz, le preguntó a su vez:

—¿Cuántas quiere Vd. que sean? Evidentemente todos sabían la respuesta, pero cada uno de ellos la veía desde su propia óptica: el técnico no podía dudar, el comercial no debía dogmatizar y el financiero sabía que los números pueden disponerse de forma que muestren una cara lo más amable posible a lo que se espera de ellos. La realidad, aun siendo una, puede verse desde distintos ángulos y tan importante es la forma de expresarla como la propia realidad.

Esta simple anécdota le hizo cambiar su actitud ante la vida. La rigidez en los planteamientos solo conlleva rigidez en las respuestas y eso es lo que él trataba de evitar en su hija. Cuando le decía aquello de que la vida es un espejo se estaba refiriendo sin saberlo a lo que ya dijo San Mateo cuando avisaba a los suyos de que «con la misma medida que juzgues serás juzgado». Trataba de inculcar en su hija que la vida no es exclusivamente blanca o negra, que tiene matices y que no siempre llevar razón supone ganar y que, por el contrario, muchas veces es mejor perder una discusión que un amigo o un hijo.

Recordaba también el padre que en uno de los muchos cursos a los que había asistido a lo largo de su vida profesional, un instructor les enseñó algo tan evidente como que «para coger miel de una colmena lo mejor era no enfadar a las abejas», y eso era precisamente lo que él quería enseñar a su hija, que se consiguen más cosas por las buenas que por las malas.

A pesar de las recomendaciones del padre, la hija seguía haciendo su vida. No le había ido tan mal con su actual forma de ser: estaba muy bien considerada en el trabajo, ocupaba un alto cargo directivo en la empresa, tenía un marido y unos hijos que la adoraban y, en definitiva, no veía ni la necesidad ni las razones por las cuales tenía que cambiar su actitud ante la vida. Le iba bien, muy bien.

Y así fue hasta que un día decidió poner en práctica lo tantas veces dicho por su padre. Tenía una asistente que iba a casa a ayudarla en las tareas domésticas y a la que jamás había dejado sola, pero ese día tenía que ir al médico a recoger unas pruebas y decidió poner en práctica el consejo de su padre.

Voy a confiar en ella, pensó. Al fin y al cabo lleva años viniendo y jamás ha faltado nada. Se fue y a su vuelta todo siguió como siempre. No había pasado nada. Y así fue aflojando la mano, y pasaron meses en los que ya no hacía falta su presencia. Su padre tenía razón: si le das confianza a alguien ese alguien te la devuelve.

Lo malo es que no fue así. Un día fue a buscar unos pendientes que le habían regalado sus padres y no estaban. Miró con temor el joyero que tenía sin cerrar encima de la cómoda y se encontró con que faltaban muchas más cosas: su medalla de la Primera Comunión, los primeros dientes de los niños con su cajita de oro, un anillo de su abuela, etc. Un desastre en toda regla.

Cuando fue a la Comisaría a denunciar el hecho iba hecha un basilisco. La agente, una señora de mediana edad con chaleco antibalas y gafas ligeramente apoyadas en la punta de la nariz, le hacía preguntas en el mismo tono displicente con que ella daba sus respuestas y, por aquello de la asociación de ideas, recordó de pronto lo tantas veces dicho por su padre. Cambió su actitud y con un tono más amable le dijo:

—Perdone, agente, si me muestro algo seca pero es que se han llevado una parte muy importante de mi vida. Comprenda mi disgusto.

Inmediatamente esta cambió también su actitud:

—Lo comprendo perfectamente —dijo—, por aquí pasan dramas que, muchas veces, dan ganas de llorar.

Y así acabó la denuncia entre sonrisas más o menos forzadas por una y otra parte.

Mientras se dirigía a recoger el coche pensaba que eso del Espejo de la Vida estaba muy bien y había funcionado con la agente de policía, pero que si ella hubiera seguido desconfiando de la asistente seguiría teniendo sus joyas y recuerdos ya irreparablemente perdidos.

Tenía razón, había perdido mucho en su apuesta, pero ese pequeño ejemplo de ver como ante una sonrisa lo normal es responder con otra le hizo recapacitar. Al fin y al cabo se preciaba de ser muy lista y de aprender pronto.

Se sabía exigente, y sabía que tenía bajo su responsabilidad no solo a su familia, sino también a un grupo numeroso de profesionales que estaban bajo su mando y de los cuales debía responder ante sus jefes y clientes.

Seguramente no se daba cuenta de que lo hacía, pero ella tampoco actuaba igual antes sus hijos y familiares que ante los demás. Con unos actuaba según su natural forma de ser: responsable, inflexible, autoritaria, exigente..., mientras que con los otros trataba de ver las cosas desde un punto ligeramente diferente: trataba de ponerse en sus zapatos aunque siempre, y esto ellos lo alababan mucho, trataba de ser lo más profesional y sincera posible.

Final

Hacía muchos años que había muerto su padre cuando decidió transmitir a sus hijos la teoría del Espejo de la Vida. Había pensado en ello muchas veces y había llegado a una conclusión: el Espejo Grande del que hablaba su padre no existía. Ese espejo estaba formado en realidad por la suma de los múltiples espejos que somos cada

uno de nosotros. Se interesó por el proceso de fabricación de los espejos y vio que es difícil, muy difícil conseguir que un espejo sea perfecto. El pulimentado del vidrio, la homogenización y distribución del azogue, etc. eran procesos muy complicados en los que raramente se conseguía la perfección, y ese debería ser el motivo por el cual la respuesta a veces falla. No falla la imagen que se transmite, ésta siempre es real, sino el reflejo que de la misma hace el espejo que lo recibe.

Este razonamiento le hizo por fin comprender que la teoría general de su padre sobre el Espejo de la Vida era válida. La cuestión, y eso es lo que ella quería enseñar a sus hijos desde el principio, es saber detectar a tiempo los defectos del espejo hacia el cual proyectamos nuestra imagen.

Mientras pensaba en cómo podía transmitir esto a sus hijos, no pudo evitar una sonrisa al pensar en la paciencia infinita con la que, siendo niña, su padre le había enseñado a jugar al ajedrez.

EL REY DE LA CASA

Marta González Bueno

Imposible olvidar aquellos días de mi niñez no especialmente dura, pero sí anodina y frustrante. Permanecen en mi memoria como un paradigma de lo que me ocurría en otras variadas ocasiones, por mucho que, una vez superada esa larga etapa, que entonces me parecía que no iba a acabar nunca, cada pequeña anécdota se convirtiera en objeto de burla, de exageración y de risas; después ya sí.

Estos pensamientos me invaden mientras recorro con mi nuevo coche los escenarios de mi infancia. Estoy escuchando por enésima vez en la radio una sesuda tertulia sobre el rey de la casa, el pequeño déspota, el niño tirano. Y melancólico como estoy vuelvo la vista al niño que fui, preguntándome si encajaba yo en esa descripción con que los adultos definen ahora la situación a la que se enfrentan en muchos hogares.

Y encuentro al niño, sí, pero ni rey, ni déspota, ni tirano, sino más bien súbdito, dócil, condescendiente. Debe ser que la ley del péndulo que enseñoorea nuestra sociedad llegó a un extremo entonces, y ahora se encuentra en el lado opuesto.

Mis recuerdos se detienen en mis ocho años, con nítidas evocaciones de renunciias involuntarias, de desilusiones impuestas. Son anécdotas las que recuerdo de esas que los mayores decían entonces que “te hacen crecer”, pequeñas piedras en el camino, que fortalecen tu carácter.

El tiempo de colegio, agradable en general, estuvo ya marcado por mi reiterado sueño, que se repetía como estribillo machacón, con un donut. Una frivolidad, desde la

consideración actual, pero un deseo inalcanzable entonces, de ahí que viniera a mí en cuanto caía en los brazos de Morfeo. Soñador a ras de suelo como yo era, me hubiera gustado llevar alguna vez al colegio ese sabroso dulce que por entonces se estaba popularizando para saborearlo en el rato del recreo en compañía de algunos pocos privilegiados compañeros, que sí lo llevaban.

Conscientes de su superioridad, exageraban las muecas de placer cuando lo consumían ante los sufridos compañeros que, con madres responsables y rigurosas, llevábamos, en vez de una golosina, nutritivos bocadillos de embutido.

El sueño me permitía recrearme en el consumo subliminal de ese dulce, compensándome torpemente de la austera realidad de los recreos en que se me hacía la boca agua cuando contemplaba, medio de reojo, el consumo de aquellos inalcanzables roscos.

Repetido deseo también durante mucho tiempo, lo recuerdo con nitidez, fue la celebración del día de mi cumpleaños. Lo que hubiera dado por celebrarlo en uno de esos parques de bolas que todavía eran escasos por entonces, pero que las familias de los privilegiados de la clase ya contrataban.

Cuando llegó mi octavo cumpleaños, la celebración se limitó, como tantos otros años, antes y después, a una merienda en un parque cercano a mi domicilio y dulces de fabricación casera consumidos en platos de plástico, que entonces suponían toda una modernidad aunque hoy se aborrezcan. Nada que ver con el cumpleaños de Ramiro, compañero del que todos envidiábamos su balón, su cartera, sus golosinas y sus invitaciones.

Quizás él sí había alcanzado ya, excepcionalmente, el estatus de rey de la casa. Tenía hasta patines, regalo para

el que yo tuve que esperar un par de años más. Acabado el curso llegaron esos días de verano supuestamente felices, pero en realidad repletos de deseos no satisfechos, una continuidad con el curso escolar. Porque, aunque las horas de playa, los encuentros familiares con tíos y primos, las excursiones, y los juegos presagiaban en teoría diversión, risas y complicidades, no ocurría nada de eso, o si acaso breves fagonazos.

El inicio del verano fue ya premonitorio. Estaba yo contento con mi nuevo juego de cubo, pala y moldes diversos con los que jugar con la arena de la playa. Me habían dicho que ya era mayor para estos juegos, pero aun así me lo compraron, ¿o se lo compraron? Pensé, pobre iluso, que al menos iba a estar entretenido una buena parte de la mañana, aunque antes tuviera que someterme a un concienzudo embadurnamiento de protector solar. Este se producía mientras mi madre desgranaba sin descanso advertencias, avisos y comentarios sobre lo malo que era tomar el sol.

Recuerdo mi asombro ante el hecho de que hiciéramos de forma voluntaria algo tan perjudicial, pero creo que nunca verbalicé una sola objeción a lo que decía. Yo prefería no entrar en discusión; por experiencia sabía, a pesar de mis pocos años, que llevaba las de perder. Y no tenía intención de inaugurar las jornadas playeras con una buena regañina que hubiera empeorado las cosas. Niño tímido y obediente como era, lo tenía bien claro ¿de baja autoestima se dice ahora? Ya advertido y embadurnado me dispuse a iniciar mi placentero trabajo de constructor con una sonrisa esperanzadora. Pero me duró poco tiempo.

En los inicios de lo que iba a ser mi gran obra arquitectónica llegó mi padre. Jovial y desinhibido, seguro se sí mismo, el sí el rey de la casa, me desplazó de inmediato,

relegándome a funciones auxiliares, concretamente porteador de cubos de agua, mientras él disfrutaba con su construcción, que nada tenía que ver con la que yo había imaginado.

Y no parecía existir ningún problema con su edad. Mi madre, tumbada al sol, también demandaba frecuentes cubos de agua, así que durante un tiempo, se diría que interminable, estuve dando pequeños paseos desde el agua hasta la segunda línea de playa donde habíamos instalado nuestros numerosos cachivaches.

Mi sonrisa se trocó desde el principio en mueca de disgusto, más cuando veía grupos de niños que disfrutaban de lo lindo, sin adultos que les dieran instrucciones, eso me parecía. Cuando por fin se levantó mi madre, obligándome bajo la apariencia de sugerencia a que nos fuéramos al agua, yo acepté con gusto. Me las prometía felices, pensando en el divertido baño que me iba a dar; un ratito en el agua me iba a compensar de la aburrida mañana. Pero otra vez ocurrió que me dejé llevar de la ilusión. Resultó que el agua estaba fría: ese fue el juicio de mi madre, y por lo tanto, si ella tenía frío, yo tenía que salirme del agua. Así eran las cosas. Así lo fueron durante muchos años. ¿Cómo hacen ahora para conseguir lo que quieren? Por fin se hizo la hora de dejar la playa para ir a comer.

Mi padre abandonó su obra de arte, y se vistió de prisa para adelantarse a nosotros. Mi madre sabía que era para ir al bar, es más, me hizo partícipe de su certeza a media voz, aunque a mí poco me importaba. La mañana ya estaba perdida, como tantas otras. Recuerdo que mientras nos vestíamos y recogíamos miraba con regocijo como la construcción de mi padre se iba derrumbando con las pisadas involuntarias de los que paseaban por la orilla y en

especial por las patadas de los niños que disfrutaban con la destrucción voluntaria.

Tuve la osadía de unirme a ellos para colaborar en el derribo, fueron apenas unos segundos, pero suficientes para proporcionarme una sonrisa de satisfacción, un chincha rabia de venganza por la marginación y el ninguneo al que me había visto sometido. Hicimos la comida en un restaurante de la playa, como muchas otras veces.

En esta ocasión inaugurábamos la temporada. Ya habían llegado los primos, los tíos y la abuela. Yo me las prometía felices, pensando que iba a comer lo que quisiera. Pero nadie me preguntó, debería haber sabido que solía ser así; a partir de ese verano ya siempre lo recordé. Me plantaron delante un plato que se suponía que me gustaba, pero que lo habían llenado de una salsa que no podía tragar, así que lo dejé. Sorprendentemente, nadie me regañó.

Debía ser por la abuela, pero no por condescendencia sino que cuando terminamos, a ella le prepararon un cazuelita, antecedente de los hoy populares tápers, para llevar en ellos lo que no habíamos querido los demás. Me fijé en la mala cara que puso mi padre, pero no dijo nada, con la abuela él no se atrevía. Cuando terminamos de comer, fuimos hasta el parque dando un paseo, el paseo de todos los días y de todas las horas. Eso era pasable, si no hubiera sido porque en el camino nos encontrábamos con otras familias que nos saludaban con efusión desorbitada.

Sobre todo las mujeres: madres y abuelas, nos abrazaban apretándonos y nos besaban dejando en nuestras caras restos de saliva o de carmín, y nos daban pellizcos en las mejillas mientras exclaman con entusiasmo: ¡Qué rica! ¡Cómo has crecido! ¡Qué grande estás!

Nosotros soportábamos estoicamente esas efusiones de cariño, sin ni siquiera poner mala cara, como he visto hacer a algunos niños muchos años después. Eso ocurría el primer día, luego los encuentros eran más rutinarios y menos efusivos, afortunadamente. Así se iban sucediendo las horas en aquel lugar playero en el que se me había dicho que lo iba a pasar estupendamente.

Los episodios tenían lugar como tantas otras veces después de ese verano de mis ocho años que tan bien recuerdo, y antes supongo que también, aunque mis recuerdos sean más difusos. La convivencia con los primos suponía plegarte a los deseos de los mayores y soportar las broncas que recibías por culpa de los pequeños. Nunca conseguí la litera que deseaba para dormir, ni jugar tranquilamente con mi flamante maquinita *nintendo*, ni leer en solitario mis historietas preferidas.

Los adultos regulaban hasta el más pequeño de los aspectos de nuestra vida en ese “lugar maravilloso”, decían. Recuerdo con nitidez el chasco que me produjo el no poder saciar el pequeño deseo que se generó en una pastelería. Uno de mis tíos, en un arranque de generosidad, decidió invitarnos a todos. “Cada uno que elija lo que quiera”, dijo. Yo, de nuevo ejerciendo de pobre iluso, me las prometía felices.

Pero ¡ay! cuando señalé el pastel elegido, grande y de nata, que me lo estaba relamiendo, alguien me dijo “ese no, que es muy grande y te va a quitar las ganas de cenar”, y a cambio me dieron uno pequeño y seco, que mordisqueé sin entusiasmo. Frustración, lo llaman ahora a eso; y hasta es posible que un hecho similar constituya una sólida causa para una visita al psicólogo.

Entonces no frustraba, pero fastidiaba muchísimo. Cuántos pasteles como el que entonces deseaba, me ha-

bré comido de mayor, para resarcirme de las reiteradas negativas que seguían a la generosa proclama “cada uno lo que quiera”.

El primer día que amaneció nublado en aquel verano objeto de mis recuerdos, no fuimos a la playa. Como el desayuno se alargaba mucho, pude coger la maquinita y ponerme a jugar a mi juego preferido; con él conseguía miles de puntos ya que lo había practicado otras tantas miles de veces los fines de semana, que era cuando podía utilizarla durante el curso. Y eso entonces no frustraba, era la disciplina.

Pero poco duró mi tranquilidad; algún adulto me vio y sentenció que no me hacía bien estar jugando con la maquinita yo sólo. Sé que en esa ocasión osé no hacer caso, pensé que si no me movía se olvidarían de mí. Vana ilusión. Como tantas otras veces, antes y después, apareció mi madre ordenándome ir a jugar con los primos. Mis deseos no contaban. Bajamos todos a la calle y nos pusimos a jugar con una pelota.

Estuvimos un ratito, pero cada vez pasaba más gente y oíamos algunas protestas. Al poco tiempo algunas personas nos decían directamente PÁGINA 5 que dejáramos la pelotita y que nos fuéramos a otro sitio, que no hacíamos más que molestar. Nos replegamos a unas escaleras de subida al mercado formando un pequeño grupo, pero aun así molestábamos.

Las personas que subían y bajaban protestaban y nos increpaban, nos miraban con desconfianza y antipatía, se convertían en nuestros enemigos. Eso, y las bobadas que decía uno u otro de nosotros, provocaba nuestras risas al tiempo que generaba la solidaridad y la unión del grupo de primos, ya se sabe que no hay nada que una más que un enemigo común.

Pero no duró mucho nuestra autoafirmación y nuestro atisbo de rebelión, notábamos que la gente se mosqueaba cada vez más, y nos tuvimos que ir de allí. Estoy evocando ahora con nitidez ese verano al que siguieron otros igual de fastidiosos y debo reconocer que esta circunstancia es de las pocas que me evocan un sentimiento de bienestar pasado, como los pocos instantes en que colaboraba en la destrucción de las construcciones que mi padre hacía a la orilla de la playa.

Pero ninguno de nosotros éramos por entonces los pequeños déspotas de los que se habla actualmente. La gente todavía se atrevía a reñir a los niños, aunque no fueran hijos suyos. Ahora, cuando el péndulo roza el extremo opuesto, empezamos a añorar la labor que la tribu desempeñaba en la educación. La comida casera de esos días nublados suponía una pequeña alegría, los macarrones sabían a lo que tenían que saber.

Siempre que los preparaba mi madre era un plus de seguridad, y así sigue siendo aún hoy en día, después de haber probado mil sabores. Recuerdo que nos daban la comida primero a los niños, para que luego dejáramos en paz a los adultos. Nada de excepciones, nada de favoritismos. Nosotros vigilábamos férreamente que reinara la equidad en esos repartos tan vitales, pero en todo caso, de nada hubiera servido manifestar el mínimo descuerdo. Éramos niños, debíamos obedecer, conformamos.

Me pregunto cómo y dónde surgió el pequeño déspota del que estoy oyendo hablar y del que se teoriza con tanta frecuencia, y que hoy me hace recordar detalles de ese curso y ese verano de los que conservo recuerdo fidedignos y al que siguieron muchos casi idénticos.

Terminábamos de comer cuando ellos tenían previsto, y nos permitían entonces, bajo la apariencia de dormir un rato de siesta, hacer, más o menos, nuestra santa limitadísima voluntad.

Procurábamos entonces hablar en voz baja, para no darles un pretexto por el que venir a reñirnos, los mayores digo, que siempre estaban dispuestos a echarnos una bronca. Aunque con el paso de los años he llegado a la conclusión de que en esos ratos, hacían oídos sordos a los cuchicheos que sobrepasaban los límites permitidos.

Recuerdo que uno de mis pasatiempos favoritos en esos tiempos de reclusión forzada era rebuscar en los armarios y cajones que teníamos a nuestro alcance. En una ocasión mis manos inexpertas dieron con una muñeca vestida de negro que me intrigó bastante y que se rompió al golpearse con una cama.

Tuve la frialdad de disimular el incidente y esconderla rápidamente entre mis cosas. De haberse dado cuenta, mis primos, chivatos sin paliativos, rápidamente lo habrían hecho público y la consecuencia menor hubiera sido una buena regañina y un discurso sobre mi torpeza, heredada de no sé qué abuelo, y que iba a arrastrar toda mi vida. Así me lo decían, sin miedo a crearme traumas; yo no era el rey de la casa.

Tengo que decir que aunque no era el rey de la casa, con el tiempo averigüé que no había vivido en el peor de los escenarios. Pude conocer la historia de la muñequita vestida de negro, que perteneció a mi abuela; iba vestida con el uniforme del internado en el que estudió. Y el entorno y la sociedad de entonces, cuando ella tenía ocho años, los mismos que yo tenía en aquel verano que estoy evocando especialmente, eran mucho más severos que los que yo tuve que sufrir.

El régimen de educación y estudio del internado estaban inspirados en la disciplina militar, y pocas bromas se permitían allí a las más de trescientas internas que convivían durante nueve meses. Los padres de entonces, eso lo he sabido mucho después, estaban convencidos, como en la Edad Media, de que no utilizar la vara con la descendencia era malcriarla, y en concreto, a mi abuelo, le decían los de su quinta que quien no pegaba a los hijos no era hombre. Creo que en la actualidad esos comportamientos son objeto de denuncia, incluso por parte de los propios hijos.

Recuerdo el día que íbamos de excursión a la montaña, o algo similar. Es un paraje con un río cantarín y unas colinas que cada año nos iban pareciendo más bajas. Aquel primer año que recuerdo con nitidez, los preparativos para la excursión parecían no tener fin.

Estuvieron la tarde anterior haciendo tortillas, rebozando filetes, friendo croquetas. Como el ritual se repetía anualmente no es fácil olvidarlo: había que recordar meter refrescos, vinos, fruta, manteles, servilletas y un sinfín de accesorios por si acaso. Los preparativos comenzaban primero entre risas, pero progresivamente las risas se convertían en nervios, lo que suponía, eso lo sabía bien yo, peligro eminente.

Un gesto, una risita o un intento de meter la mano en algunos de los manjares camperos podían acarrear un coscorrón, un violento empujón o incluso un bofetón. Nuestra función, la de los niños, consistía en esperar pacientemente a que estuviera todo preparado y repartido en los coches, lo que dado el pequeño tamaño de los utilitarios de entonces, era una tarea complicada.

No sabían si ponernos juntos a todos, repartirnos por edades o cada uno con sus padres. Entrábamos y salía-

mos tres veces de cada coche. Los conductores estaban cada vez más exaltados, y los niños recibíamos una colleja sin saber por qué, ¡ojalá hubiéramos podido ser invisibles entonces! Recuerdo haber pensado insistentemente que era mucho más fácil comer en casa, pero jamás lo dije, como tampoco dije lo que me gustaría llevar al campo, ¿para qué? yo era entonces una insignificancia con la que había que cargar, así que cuanto más callado, mejor.

Por eso mi sorpresa y hasta admiración cuando oigo hablar, aunque sea por enésima vez, del pequeño déspota que organiza la vida de los demás en función de sus caprichos, de que es ese pequeño rey de la casa quien ordena sin piedad. Casi caigo en la tentación de considerar héroes a estos personajes de que hablan y a los que he tenido la oportunidad de padecer en ocasiones. Pero no, ellos jamás conocerán la dicha que proporciona la obtención de un regalo esperado durante años, o de conseguir por medios propios lo que te negaron en tantas ocasiones.

Y sonriendo, cuando la tertulia termina y aprovechando que la playa está casi desierta, decido bajar a hacer mi propio castillo, parándome antes en una tiendecita de chucherías para equiparme con una caja de sabrosos donuts.

AGIBÍLIBUS

Santiago de Ossorno

Según la Real Academia Española: Habilidad, ingenio, a veces pícaro, para desenvolverse en la vida.

Al comienzo del curso escolar acababa de cumplir quince años y empezaría sexto de Bachillerato en el colegio Santiago, no tenía edad para fumar, dinero, ni tampoco permiso materno para hacerlo en público sin sufrir las consecuencias; además no había probado el tabaco en mi todavía corta vida, a pesar de lo cual me dediqué durante el curso a la venta clandestina al por menor de cigarrillos de la marca Celtas cortos.

El comedor del Bajo, así llamábamos al colegio por estar situado en Carabanchel Bajo, tenía dos puertas de acceso para los alumnos, de modo que acabados desayuno, comida y cena —la entrada al comedor se hacía en silenciosa formación—, a medida que los pínfanos iban saliendo del mismo cuando el Director lo autorizaba, se encontraban conmigo plantado en uno de los pasillos y con mi jefe en el otro; se trataba de un fortachón cordobés, rubio y sonriente, alma mater del negocio, que establecía las condiciones de venta y préstamo porque a determinados pínfanos, solo a unos pocos privilegiados con fama de buenos pagadores, se les fiaba el fumeque, los que no tenían parné debían conformarse con fumar las pavas (colillas) que recogían del suelo,

No entiendo por qué me eligió a mí para el puesto, ya que a la sazón todavía era un poco canijo, uno de los más bajitos de mi clase y con cara de no haber roto nunca un

plato; algo debió ver en mí, aunque el hecho de no ser fumador quizá lo tuviese en cuenta, quien evita la ocasión evita el peligro; el caso es que un buen día me lo propuso, a mí me gustó la idea de trabajar con él y acepté sin más, porque desde que lo conocí un verano en el Castillo de Santa Cruz lo tenía en un pedestal.

Retrocedamos algunos años atrás, comencé el curso escolar estudiando primero de bachillerato en Padrón; cuando llegó la Navidad no pude viajar a mi casa porque no tenía pasaporte militar para el tren y las estrecheces económicas familiares impidieron realizar semejante dispendio con gran disgusto por mi parte, ajo y agua era la consigna; de modo que tuve que quedarme en el colegio con otros veintiséis chicos más y juntos pasamos tan entrañables fiestas, por cierto que en nuestra página web hay una foto del día de Reyes Magos, 6 de enero de 1965, por eso sé cuántos éramos, en la que aparezco con el regalo que me trajeron, lo había pedido yo mismo por carta y los militares de la Región se encargaron de hacerlo realidad: un juego de carpintería.

Puede que aquella situación, incomprensible para un crío de apenas diez años que no había sufrido estrecheces económicas hasta quedarse huérfano por la gracia de Dios, sea la explicación racional de la aversión navideña que siempre he tenido y que sigo manteniendo en mi etapa adulta; no puedo hacer nada por evitarlo, menos mal que con la llegada de los hijos y más tarde de los nietos, he podido recuperar en parte la ilusión perdida, pero alguna herida ha debido quedarse sin cerrar.

Llegó el cálido verano y se repitió la situación, no pude viajar a casa por falta de medios y de nuevo tuve que quedarme en el colegio; en esta ocasión solo fuimos cuatro o cinco los elegidos para la gloria, pero lo pasamos bien, no teníamos que estudiar, solo jugar y esperar tiempos me-

jores, con la exigente disciplina colegial en suspenso temporal hasta septiembre, cuando volviera el resto del alumnado. A finales de julio o principios de agosto, nos llevó una de las monjas a la estación del pueblo, allí tomamos un tren de aquellos de tercera clase que nos trasladó a La Coruña, en cuya estación fuimos entregados sanos y salvos al director del Castillo que nos esperaba en el andén a pie de vagón; aquel verano el director fue don Trinidad Carnicero Ruíz, para los pínfanos «la Trini», profesor de Latín, Geografía e Historia y Filosofía en Chamartín, el cual nos acogió con cariño. Falto de la figura paterna y alejado del resto de la familia, unos pocos profesores se convirtieron para mí en los modelos a seguir, máxime estando en una colonia veraniega dónde la vida era más relajada que en los internados de procedencia y podían mostrarse menos autoritarios.

El llamado Castillo es una construcción militar del siglo XVI, entonces propiedad del Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra y ahora del Ayuntamiento de Oleiros, situada en una pequeña isla frente al puerto de Santa Cruz de Lians en la provincia de La Coruña.

El primer día que subí a la barca que salvaba el recorrido de unos doscientos metros entre los muelles del Castillo y del pueblo, cuando la marea alta no permitía cruzar andando por donde actualmente se levanta una pasarela peatonal, tuve mi primera experiencia marinera; Manolo, nuestro querido barquero, manejaba con la pericia de siempre la caña del timón y varios pínfanos mayores se hacían cargo de los pesados remos cuando, de repente, la barcaza se detuvo en mitad de la travesía; un fortachón cordobés, de pelo rubio cortado a cepillo e intensos ojos azules, con aquella pinta perfectamente podría haber sido el malo alemán de una película de

aventuras, soltó su remo, se levantó, vino hacia mí y me preguntó si sabía nadar.

Algo atemorizado ante su imponente presencia le respondí que no muy bien y entonces dijo «Pues hoy vas a aprender», acto seguido me tiró al agua agarrándome por los sobacos, sin apenas oponer resistencia por mi parte y sin darme tiempo ni para quitarme la camiseta; antes de hundirme en las procelosas y gélidas aguas atlánticas de la bahía de Santa Cruz, ya estaba él dentro del agua dándome instrucciones para conseguir mantenerme a flote «mueve brazos y piernas y no tengas miedo que no te vas a hundir»; reconozco que al principio experimenté un ataque de pánico pero, tras haber superado con éxito mis tres primeros años de internado, antes había estado dos años en las Mercedes en Madrid, había desarrollado el suficiente orgullo pinfanil como para no venirme abajo, no podía dejarme superar por los acontecimientos si no quería quedar señalado para los restos.

Nadé, más bien pataleé y braceé, como mejor supe, intentando mantener la boca cerrada y la poca distancia que me separaba de la popa de la barca, que lentamente había retomado el rumbo inicial en dirección al muelle del pueblo; heladito de frío, tragando buches de agua atlántica, procurando no irme a pique, hasta que Manolo ordenó enérgicamente al formido cordobés terminar la prueba y este le obedeció al instante; a continuación nos izaron a los dos o tres novatos que habíamos sido arrojados por la borda para recibir nuestra primera clase práctica de natación en mar abierto; mientras nos rescataban nos manteníamos flotando agarrados a la barca, bajo la estrecha observancia de los veteranos, nadando cual patitos detrás de mamá pata, papel que en este caso representaba aquel gigantón rubio y sonriente, el único que se mantuvo en el agua hasta que nos sacaron a todos.

Posteriormente nos enteramos de que en el pueblo lo llamaban «O nadador», porque cada verano nadaba la distancia, entre ida y vuelta unas seis millas náuticas, que separan el Castillo del puerto de La Coruña; se embadurnaba de grasa y, seguido de cerca por la barca para auxiliarlo si fuera necesario, procedía a la larga travesía por aquellas heladas aguas; lejos de tomarle manía por el mal trago que me había hecho pasar, al saberlo me convertí en su admirador, aquél tío era Tarzán, mejor llevarse bien con el rey de la selva; cuando se me pasó el susto, comprendí que en el fondo solamente se trataba del bautismo de fuego al que éramos sometidos todos los novatos al llegar por primera vez al Castillo; como todos aprendíamos de forma natural, en el colegio a veces convenía tragarse el orgullo, disimular el mal humor y no tomarse las cosas demasiado a pecho para poder encajar sin traumas en la dura vida del internado y sobrevivir.

Retomando el relato inicial, los fumadores me pedían los cigarrillos que querían y pagaban a tocateja el precio establecido; tirando de memoria, un ejercicio arriesgado a cierta edad, un paquete de Celtas cortos costaba en el estanco 4,50 pesetas, casi un duro de la época; para no equivocarme he leído el BOE número 272 del 12 de noviembre de 1968, página 16.025, dónde el Ministerio de Hacienda modificaba las tarifas vigentes por otras nuevas y lo justificaba de esta manera:

«La necesidad de aumentar los ingresos públicos para hacer frente a nuevas obligaciones, aconseja actuar sobre aquellas fuentes de los mismos cuya alteración resulte menos onerosa para el conjunto de la economía nacional. Tal ocurre con el tabaco, producto de consumo no necesario. Por otra parte, los precios de venta al público, tanto de las labores Extranjeras como de las producidas en nuestra Nación, son inferiores a los vigentes en el exte-

rior, aun ponderando los elementos que intervienen en el nivel general de vida. La preocupación constante del Gobierno de mantener el poder adquisitivo de las clases económicamente débiles, ha llevado a no elevar los precios en las labores más baratas y de consumo más generalizado y popular, no obstante el sacrificio recaudatorio que ello representa. Por todo lo cual este Ministerio. a propuesta de esa Delegación ha dispuesto lo siguiente: Se fijan los nuevos precios para las labores Peninsulares que se indican, expresados en pesetas por unidades de venta al público en la siguiente Tarifa»

A continuación hay una larga lista de marcas de tabaco en la que he comprobado que el precio del paquete de Celtas cortos era de 4,50 pesetas (3,15 pesetas de Renta y 1,35 de Impuesto de lujo), tiene narices que los Celtas cortos pagasen impuesto de lujo cuando eran de pésima calidad y venían llenos de estacas. Los pínfanos, ciudadanos pobres de solemnidad debido a su propia naturaleza por la condición de orfandad, no podían aspirar a otras labores más selectas como Ducados (12 pesetas la cajetilla), Habanos (17 pesetas), ni mucho menos al tabaco rubio Bisontes con filtro (15 pesetas), 1X2 con filtro (17 pesetas), Pipper mentolado (17 pesetas)...

A veces resulta interesante leer el BOE pasados unos cuantos años; las labores estadounidenses se llevaban la palma, Lucky Strike, Marlboro, Kent, Winston o L&M costaban a 18 pesetas la cajetilla de 10 cigarrillos, una barbaridad. También se vendían en cajetillas de 20, Camel, Chesterfield, Phillips Morris, Pall Mall y otros, pero entonces el precio ascendía hasta las 35 pesetas, prohibitivo incluso para los aspirinos .

Que yo recuerde, solamente vendíamos Celtas cortos, aunque puede que en alguna ocasión también hubiera Celtas Largos con filtro (a 9 pesetas la cajetilla), pero soy

incapaz de recordar a cuánto se vendía cada pitillo; por una peseta te llevabas tres cigarrillos, la ganancia neta no llegaría ni a dos pesetas por paquete; para una mente comercial, no era mi caso puesto que trabajaba en negro, pudiera parecer un margen escaso, pero es que en el colegio se fumaba como carreteros y las cajetillas volaban.

El jefe tenía permiso para salir a la calle a comprar, en teoría el permiso era para otro tipo de compras pero los inspectores hacían la vista gorda —creo que acertadamente porque, si no hubieran permitido este escape, se hubiera creado mucha tensión y la vida colegial ya estaba bien servida sin necesidad de añadir nuevas prohibiciones—, volvía con sus cajetillas bajo el brazo y reponíamos existencias a diario; la carga máxima para llevar encima era la que cupiera en el fondo de los bolsillos superiores del trapillo, ni una más ni una menos; descosíamos por dentro las costuras de los dos bolsillos formándose una gran bolsa hasta la mitad superior de la espalda en la que fácilmente entraban sin deformarse cinco o seis cajetillas por bolsillo, meter más no era apropiado porque entonces uno parecería el jorobado de París.

Aunque para hacer deporte me quitaba la chaqueta del trapillo y la dejaba apilada en el montón común de ropa mientras correteaba por allí, nunca nadie cogió ni un solo pitillo; hacerlo hubiera sido peligroso para el infractor, no por mí, que como he dicho era más bien enclenque, sino por mi jefe que cabreado era el Vesubio en erupción, sin humor para ciertas cosas.

Por mi colaboración yo no recibía un porcentaje de las ventas, sino que cobraba en especie, un triángulo de leche, un batido de cacao, un bollo suizo, una bolsa de pipas, unos sacis y cosas así que el jefe solía darme cuando volvía de la compra; a propósito, no lo he comentado antes, pero él tampoco fumaba, era un deportista de los de

mens sana in corpore sano. Si hubiésemos fumado los dos, aquello habría sido como dejar a un zorro cuidando del gallinero.

Acabado el curso, mi jefe dejó el colegio para irse a estudiar al colegio de Valladolid y con él se esfumó —nunca mejor dicho— mi etapa como estanquero aficionado, supongo que por ley de vida alguien se haría con tan lucrativo puesto, pero la corta experiencia me vino de perlas; gracias a los conocimientos mercantiles adquiridos ese año, durante el curso siguiente me asignaron el negocio de las compras de alimentación; al empezar el recreo de la tarde me ponía en la puerta de secretaría, junto a la escalera principal, la gente me encargaba sus pedidos (previo pago por adelantado del importe) que yo anotaba en una lista antes de salir a la calle General Ricardos para hacer la compra en las tiendas del barrio; cuando acababa los recados volvía al colegio, dónde los compradores me esperaban ansiosos para recibir y consumir *ipso facto* su mercancía antes de volver a entrar al estudio.

Es evidente que mi espíritu nunca ha sido comercial dado que yo no sacaba rendimiento económico alguno a la actividad, pero a cambio salía todos los días media hora a la calle y para mí eso representaba mucho, era el escape diario que me ayudaba a sobrellevar los rigores del internado; me pasaba el día esperando el momento de salir a comprar para olvidar durante unos minutos el obligado encierro, pisar la calle, ver a la gente que iba y venía, mirar con envidia a los chicos y chicas de nuestra edad que paseaban por allí y a los que entraban en el cine Los Ángeles a la sesión doble de cada tarde; si uno no ha sido pínfano o no ha estado preso largo tiempo, puede que no lo entienda pero eran los mejores treinta minutos del día.

Bien, esa fue mi experiencia de compraventa en el colegio Santiago, nada del otro mundo por otra parte, pero a mí me vino muy bien poder disfrutar de aquella válvula de escape.

No he dicho quién era el jefe, se dice el pecado no el pecador, aunque todavía recuerdo perfectamente su nombre, los dos apellidos, el mote y su dirección postal en Córdoba, pero seguro que más de uno sabe de quien estoy hablando.

TRES IMPRUDENCIAS

Francisco Antonio Álvarez López

A estas alturas de la vida —y son muchos años ya— pocas cosas me sorprenden, pero agradezco que así sea, pues el día que nada llame mi atención, creo que no merecerá la pena seguir caminando.

No acabo de comprender a esa gente que sintiéndose orgullosa de todo lo que han hecho en su vida, no se arrepienten de nada, cuando yo por mi parte, raro es el día que no me arrepiento de algo.

Tampoco es cuestión de estar todo el día afligiéndome y reprochándome por actos, pero lo cierto es que he cometido muchos errores; actos imprudentes que al pensar en ellos me sirven para tratar de evitar y repetir en futuras ocasiones.

Hoy quisiera recordar por orden cronológico solo tres de las muchas imprudencias cometidas, reconociendo que cualquiera de ellas me pudo costar la vida.

Primera imprudencia

Tenía yo trece años y estaba internado en el C.H.O.E. Colegio Huérfanos Oficiales Ejército de Chamartín, en Madrid. Los domingos solíamos salir en grupos a pasear por los alrededores del colegio: Arturo Soria, López de Hoyos, Ciudad lineal, etc.

Aquel domingo por la tarde estábamos en el pinar del Rey y viendo una gran torre metálica de la luz, le dije a los compañeros:

—Yo me subiría hasta arriba.

—No eres capaz —me dijeron todos.

—Que sí.

—Que no.

—¿Qué os apostáis?

—Cinco pesetas —me dijeron.

—Está bien, allá voy.

Y cuando empiezo a subir, un señor que pasaba por allí, me gritó:

—Chaval, ¡baja inmediatamente!

Asustado bajé, pensando que me daría una paliza o algo por el estilo, pero el buen señor, de forma tranquila y respetuosa me explicó lo peligroso que era subir a una torreta de alta tensión, como aquella, porque me podría costar la vida.

Naturalmente que agradecí su consejo y con el miedo que me metió en el cuerpo, jamás se me ocurrió hacer cosa parecida. De hecho, a partir de entonces a la electricidad le tengo pavor y la miro con recelo.

Segunda imprudencia

Con veinte años recién cumplidos, pesando setenta kilos escasos, me abalancé sobre los cuernos de un toro de cuatrocientos cincuenta.

Fue un mes de agosto en Cuéllar (Segovia) donde se celebran los encierros más antiguos de España. Varias localidades rivalizan por este título, pero lo cierto es que

sólo Cuéllar lo puede acreditar documentalmente, remontándose dicha costumbre al siglo trece, año de mil doscientos quince.

Había ido yo a ese precioso pueblo con mi amiga americana Christine Smith. Esperábamos en la plaza de toros la llegada del ganado. Entraron los toros y rápidamente los cabestros llevaron la manada a toriles, pero un toro se quedó rezagado muy cerca de la puerta.

Un grupo numeroso lo rodeó y el animal permanecía quieto. Le digo a Chris:

—Voy allá. Sácame una foto.

Me acerco al grupo, me coloco frente al toro y en un momento determinado me lanzo sobre él, cogiéndole por los cuernos. A partir de ahí no recuerdo lo que pasó. Sólo sé que el animal entró en toriles y yo me voy al tendido cinco, donde estaba Chris, preguntándole muy ufano:

—¿Me sacaste la foto?

—No te vi —me contestó.

¡Vaya decepción! Yo jugándome la vida como valiente español y la americana ni me vio.

Mi reproche solo fue una enorme carcajada y volviendo la mirada hacia toriles le dije al toro:

—Muchas gracias, compañero.

Tercera y última imprudencia

... por ahora. Verano de mil novecientos ochenta.

Me entero de que los radicales batasunos han organizado lo que llaman «La quema del facha» en la principal plaza de Vitoria, la de la Virgen Blanca.

La plaza abarrotada de gente y en ese momento entro yo, cruzando entre el gentío, zapatillas deportivas, pantalón vaquero, un pequeño revolver dos pulgadas, cinco balas calibre treinta y ocho especial en la cintura, oculto bajo una camisa de manga corta.

Me dirijo al monumento donde estaba un muñeco tamaño natural, vestido de azul con la bandera de España en una mano. Le quito la bandera y alejándome tranquilamente les digo en alto:

—Ahora ya lo podéis quemar.

Cuando salía de la plaza oía voces que decían: «txakurra, kampa, fascista, etc.» Pero sin volver la vista atrás, me largué tranquilamente enarbolando la bandera.

Si hoy hubieran tenido lugar cualquiera de estas acciones seguro que habría algún documento gráfico que pudiera testificarla, pero en estas ocasiones dudo que haya quedado alguna prueba, cosa que por otra parte, no me preocupa en absoluto.

Como decía al principio, estas son tres imprudencias representativas cometidas a lo largo de mi vida de las cuales quería dejar constancia pues nunca me gustó comentarlas.

Por supuesto que, reconociendo que cualquiera de las tres son imprudencias temerarias, nunca me he sentido orgulloso de las mismas, sino más bien arrepentido de haberlas cometido.

Trato con esto de decir a quien me quiera atender que nunca siga mi ejemplo en asuntos similares, aunque yo, a pesar de los pesares, sigo cometiendo errores.

TODAS A UNA

María del Río L. Garachana Román

(Este es un relato novelado de un hecho real, aunque los nombres son fruto de la imaginación. Pido disculpas a las autoras por las licencias que me he permitido)

Tiembla el asiento y el paisaje corre. Campos, bosques, matorrales pasan a toda velocidad. Las nubes cubren el cielo al atardecer y a lo lejos se divisa una franja brillante. Uno, dos tres... cientos de postes unidos por una tela de araña de cables quedan atrás. Dentro del vagón, un silencio solitario nos envuelve, el resplandor de las pantallas de los móviles destaca entre las butacas. Recuerdo cuando viajaba desde mi pueblo al internado. Tenía dieciséis años y el vagón llevaba departamentos separados. Hacíamos amigos en los viajes, jugábamos a las cartas, compartíamos la merienda y hasta la bota de vino rondaba entre todos...

Llegar al colegio: un vuelco en el corazón, una nostalgia de la familia, del amor aparcado en el pueblo, unas ansias enormes de que pasaran los primeros días, y recordarlo todo como algo lejano, acostumbradas otra vez a la rutina. Aquel año fue especial, estábamos en Sexto de Bachiller, el curso discurrió con normalidad. En mayo teníamos los exámenes finales y, en junio, si aprobábamos, debíamos enfrentarnos a una Reválida que abarcaba los contenidos de Quinto y Sexto curso.

Entre unas cuantas decidimos atajar el estudio haciéndonos con las pruebas de los exámenes antes de estos. La Secretaría estaba en la planta baja; a continuación de la

puerta había un espacio; después un mostrador con una mampara de cristal traslucido y una ventanilla desde la que se atendía a la que fuera a preguntar o solicitar algo. En este «horno», lleno de máquinas de escribir y multcopistas, se cocinaban todos los exámenes para las trescientas sesenta alumnas que estudiábamos allí.

Una noche de finales de mayo nos acostamos como siempre, pero el corazón nos iba a cien. Teníamos escondidos los guantes y las linternas, nos metimos en la cama casi vestidas, con el camisón encima. Nos costó bastante disimular, porque dormíamos en un gran dormitorio, en la primera planta, con otras cincuenta compañeras y una monja, que nos vigilaba para que estuviéramos en silencio.

Cuando se apagaron las luces y sentimos acostarse en su camarilla a la madre Teresa, esperamos media hora de reloj para darle tiempo a que se durmiera. Después nos levantamos sigilosamente Pilar, Elena, Paula, Carmen y yo. Caminábamos en fila, casi sin respirar; las linternas de la primera y la última provocaban luces y sombras, y un sudor pegajoso nos corría por la espalda.

Llegamos a la puerta de Secretaría y Elena, que se había pasado un mes entrenando para abrir puertas con una horquilla, abrió a la primera. Después había que saltar la mampara, de esto se encargaban Paula y Carmen. Pilar y yo alumbrábamos; cuando saltaron, abrieron la ventanilla, y les pasé una linterna. Elena, mientras, vigilaba. Localizaron los exámenes y a toda prisa se hicieron con el botín deseado. Había que volver a saltar la mampara, Paula salvó el obstáculo con limpieza, pero Carmen dio un golpe con la rodilla y oímos el crujido del cristal. Sin mirar atrás cerramos la puerta, escondimos la prueba de nuestro delito debajo de las ropas y, silenciosas y veloces como felinos, regresamos a nuestras camas.

Al día siguiente nos guiñamos, unas a otras, dos veces el ojo derecho, era la señal: «Aventura con éxito». Conforme discurría la mañana las clases se sucedieron sin sobresaltos, pero llegó el recreo. Eran las doce del mediodía, un trío con cara de pocos amigos se presentó en el aula: la madre Superiora, la tutora y la Jefe de Estudios. Madre Natividad era como un armario y con más autoridad que Napoleón.

—Señoritas alumnas de este Colegio de Huérfanas de Militares, hagan el favor de confesar inmediatamente quiénes han sido las que han cometido el robo de los exámenes la noche pasada —bramó la Jefe de Estudios.

—.....

—Se lo voy a repetir por última vez: ¿quiénes han robado, con nocturnidad y premeditación, los exámenes y, además, han roto la mampara de cristal de Secretaría?

—.....

—Quedarán ustedes de pie hasta que decidan hablar, por supuesto, si no se aclara esto antes de la hora de comer seguirán aquí sin comer —dijo Madre Natividad.

La Madre Superiora y la Jefe de Estudios salieron con buen paso, y la tutora se sentó en su silla, colocada encima de la tarima, y se puso a leer.

Yo pensaba, «Ay cuando se entere mi madre, qué disgusto y qué riña voy a tener», y supuse que las demás pensarían lo mismo que yo.

Pasaron las horas y nadie se movía. Llegó la hora de comer, y nadie se movió. Otra monja sustituyó a la tutora. Cuando llevábamos cinco horas de pie nos permitieron sentarnos. Cada hora que pasaba nos hacían la misma pregunta y obtenían el silencio por respuesta. Llegó la hora de la cena, nos mandaron al comedor, cenamos en

completo silencio. Cuando acabó la cena, la Jefe de Estudios se presentó en el comedor.

—Señoritas, vista su actitud, hemos avisado al General Gutiérrez del Valle y mañana tendrán que responder ante él por su delito. Les adelanto que aquellas que han llevado a cabo esta fechoría suspenderán el curso y se irán a su casa hasta los exámenes de septiembre. Ahora ya pueden irse al dormitorio y espero no oír ni una sola palabra.

Desfilamos para el primer piso como corderos que van al matadero. Las compañeras de los otros cursos nos miraban con cara de susto.

Doce horas después apareció el General con la «plana mayor» del colegio. Desde el desayuno seguíamos de pie en el aula.

—Señoritas, vergüenza tenía que darles querer aprobar haciendo trampas. Eso es indigno de ustedes. Como hijas de militares deberían tener como bandera la honradez... —Así continuó una bronca del General de una hora, mientras las monjas que lo acompañaban asentían con gestos a todos sus reproches y echaban fuego por los ojos.

Por último, nos dijo:

— Las que cometieron el delito deberán dar un paso adelante y librar a sus compañeras del castigo y el deshonor.

Ante su asombro, dimos un paso adelante toda la clase. Durante un rato, que pareció eterno, se oyó un silencio atronador.

— ¡Enhorabuena! —rugió el General—, son dignas hijas de sus padres. Estoy muy orgulloso de ustedes. Y ahora... váyanse a sus casas hasta septiembre.

COLONIAS ESCOLARES

Tomás Gamero García

En verano nos daban la oportunidad de ir a las llamadas «Colonias».

Eran en el mes de Julio. Mi madre, que no andaba bien de dinero como casi todas las familias de huérfanos, me mandaba esos días de vacaciones y así ahorrraba un poquito para lo que aún quedaba de verano.

—¡Ya verás qué bien lo vas a pasar! —Me decía convencida de que era lo mejor para mí. Yo no quería.

En Aranjuez me lo pasaba de maravilla. Todo el día fuera de casa. Desayunaba y ¡a la calle! Subía a los árboles, cazaba ranas, renacuajos, me bañaba en el río. ¡Ay! Si mi madre se hubiera enterado. Enseguida se echaba mano a la zapatilla y tú ¡a correr! Menos mal que nunca lo supo. Bueno no sé si de mayor se lo conté, pero ya no había peligro de «zapatillazo».

—¿Pamplona o Fuengirola ?. Creo que mejor Pamplona, no vaya a ser que te pase algo en el mar. Me quedo más tranquila. Pues a Pamplona, No la conocía.

El colegio era grande, muy grande. Con ventanales altos y rejas negras y gordas. Era muy diferente a Las Mercedes, que es pequeñito y acogedor.

Enfrente estaba la muralla. Dentro de ella compartimentos con grandes puertas de madera. Todas las mañanas los operarios las abrían y sacaban los utensilios de limpieza. Me llamó la atención los carros con escobas que arrastraban a mano y a juzgar por los gestos de los barrenderos deberían pesar una

barbaridad.

—¡Arriba gandules! Gritaba y palmeaba sor Luisa.

—Vamos, Juan —dije a mi amigo.

—¡Tengo sueño!

Yo, que llevaba un buen rato despierto viendo los acontecimientos de la muralla me eché a reír y le pegué un buen empujón. Nos mandaron poner las zapatillas de plástico.

—¡Eso es que vamos al río!

—¡A desayunar! Hoy solo leche y galletas. Los bocadillos los comeremos en el río.

—¡A formar filas! ¡Venga! De dos en dos.

Era lo que peor llevaba. Siempre en fila. Menos mal que Juan y yo íbamos a nuestro aire, lo que nos valía alguna regañina de sor Luisa que en eso era muy estricta.

El río no estaba cerca precisamente. Había un buen paseo, pero lo hacíamos con alegría y cantando. La mañana era espléndida. Hacía un sol radiante y presentía que lo iba a pasar de maravilla. Los trinos de los pájaros animaban el ambiente y un olor a fresco se diluía por todo. Los cantos sonaban cada vez más altos y claros. «Un elefante se balanceaba sobre la tela de una araña y como veía que no se caía fueron a llamar a otro elefante»... y así uno, dos, tres... A veces se paraba un coche grande y negro, como esos que salen en las películas.

Se bajaba Don Ramón y nos daba caramelos y golosinas. Nos animaba a seguir cantando y tener mucho cuidado al bañarnos. Llegamos .

—No, no, nada de ponerse a jugar —dijo la Madre—. Primero la gimnasia.

Otra vez a hacer filas. Tengo delante la foto vestidos con un bañador de dos piezas y con los brazos en alto. Estábamos apáticos, lentos, la Madre no conseguía nuestra

atención, así que enseguida nos metimos en el agua. Después partido de fútbol para «hacer gana», como decía sor Luisa. Los bocadillos casi siempre eran de mortadela, pero a mí me sabía a gloria.

A la vuelta descanso y la comida. Después la siesta que era sagrada y aprovechábamos para las peleas de almohadas, hasta que aparecía alguna madre y nos obligaba a tirarnos en la cama. De merienda pan con chocolate terroso que era una maravilla, dulce, dulce.

Por las tardes nos llevaban a un parque muy grande y verde. Había una montaña y nos tirábamos rodando.

—¡Voooooy! —Avisé a todos. A Juan no se le ocurre otra cosa que tirar una piedra rodando por la pendiente. Cuando llegué abajo y levanté la cabeza me la encontré de lleno en la frente haciéndome un corte considerable.

—¡Han «escalabrao» a Antonio —empezaron a gritar. Me levanté como pude, asustado por la sangre. Al hospital y unos cuantos puntos.

Aún se me nota. A veces me toco la cicatriz y recuerdo cómo me la hice. Sonrío y pienso en lo feliz que era.

No descuidábamos los estudios. Nos daba clase sor María que no nos dejaba ni movernos.

—Hay que prepararse bien que el año que viene tenéis el Ingreso y es complicado.

Todas las tardes dos horas de trabajo. Dictados, cuentas, problemas.

También geografía e historia. Mares, ríos, cabos, los Reyes Godos.... aún los recuerdo. ¡Ay! La tan denostada enseñanza memorística ¡qué bien nos vino en aquella época!

Y más cuentas y más dictados...

Si tenéis tres faltas ya no os siguen corrigiendo. Y las cuentas todas bien. Suma, resta, multiplicación y división de tres cifras con prueba.

—Pues sí que es complicado —me comentó Juan.

—Bueno, bueno. Eso será el curso que viene.

Algunas tardes nos llevaban de paseo por la ciudad. Hasta ahora solo conocíamos el camino al río, así que nos alegramos mucho, esta vez sí, cuando nos mandaron hacer filas.

—Juan, ya sabes lo que tenemos que hacer.

—¡Estás loco Antonio! Nos van a pillar

—¡Qué no! ¡Ya verás lo bien que lo pasamos!

El plan era salirnos de la fila cuando no nos viera sor Luisa y darnos un paseíto por la ciudad a nuestro aire, sin ir en la maldita fila.

Como siempre íbamos de dos en dos y cantando. Las calles me parecían todas iguales y me aburría.

—Vamos, vamos Juan.

Me pegó un estirón y me sacó de la fila.

—¡Cómo nos pillen! ¡Nos la cargamos!

Empezamos a recorrer la muralla, pero subiéndonos arriba.

¡Menuda diferencia! Era una maravilla poder correr por ella sin que te dijeran nada. Nos bajamos y seguimos por una calle estrecha llena de bares y de gente. Nos miramos asustados pero seguimos hasta llegar a una plaza muy grande.

—Ven, vamos a tomar un helado. Tengo dinero.

Yo me pedí un cucurucho de fresa que me lo comí poquito a poco, para que me durara más.

—¡Qué diferencia con esos de hielos con líquido dulce que estamos acostumbrados a tomar en las ferias!

—¡Lástima qué no haya algodón!... No podía ser todo...

—Y esa parroquia ¡Qué alta!... Y ahí acabó todo.

—¡Me hace daño! ¡Déjeme!

—¡Ven aquí diablillo!

Un policía tiraba de nosotros y de verdad que me hacía daño. Me puso las orejas de soplillo.

—Eso os pasa por escaparos del colegio. Ahora las Madres os dirán una cuantas cositas.

Éramos la comidilla de todo el grupo. Y ilos héroes! No paraban de preguntarnos qué habíamos hecho y dónde habíamos estado. Nos creíamos importantes, pero las consecuencias iban a ser terribles.

—¿Y si os hubiese pasado algo? ¡Menuda trastada y gorda!

Ahora a decírselo a vuestras madres y esperemos que no acabe en expulsión.

Consecuencias. No hubo expulsión, pero no volvimos a salir a la calle hasta que terminaron las colonias. Aburrimiento total.

Recapacitando de mayor reconozco que fue una chiquillada sin mala intención pero que pudo haber acabado mal.

Me arrepiento.

Llegó Octubre y comienzo de curso.

—Juan ¡Qué alegría! ¿Cómo te ha ido? Bien, por decir algo.

Todo el verano castigado sin salir de casa y con deberes todos los días. ¡No sé cuántos libros me he leído!

—¡Anda! Casi lo mismo que yo. Encerrado en casa. Aparte de deberes también tenía que ayudar a mi madre en las tareas de la casa. Mis mejores amigos han sido la escoba, el cubo y la bayeta. ¡Ah! Y hacer los recados.

—Ahora no se nos ocurrirá darnos un paseíto por Madrid...

—¡Que no, que no! Siempre en fila allá dónde vayamos. Y nos faltó tiempo para salir al patio a jugar al fútbol.

LA RESIDENCIA

María Blanca Blanquer Prats

La residencia estaba en la falda de la montaña, frente al mar; en un edificio moderno, bien acondicionado, con dormitorios individuales y salas comunes, en que no faltaba la capilla, el consultorio ni la sala de visitas. La capilla era pequeña y acogedora: la sala de visitas amplia y bien amueblada; el consultorio ocupaba un pequeño espacio al fondo de la planta baja y por la parte posterior se comunicaba con un edificio anexo en el que estaba la enfermería que apartaba de la pequeña comunidad humana a las residentes con enfermedades graves o en fase terminal. En el jardín abundaban los tilos que bordeaban las alamedas y daban nombre al lugar. La cancela abierta como símbolo de la libertad de que gozaban aquellas aves, con las alas rotas, que ya no tenían un nido al que volver.

La sala de visitas era la menos usada; el consultorio, lugar de concurrencia matutina en que el Doctor Forteza escuchaba amablemente la descripción de dolores y molestias; la mayor parte de las veces tenían su origen en la soledad y el tiempo que abrían las llagas del miedo en las carnes decrépitas y sabía que su hedor podía disiparse con las pastillas inocuas que las pacientes atesoraban diferenciándolas por sus colores: La roja por la mañana, las blancas al medio día, la rosa antes de acostarse..

Con la misma lentitud que las tardes se acercaban a las noches, las vidas se agotaban deslizándose por el tobogán que las conducía a lo inevitable. La muerte, como las flores en primavera o las nieves del invierno, tenía su tiempo señalado y, aunque el clima o los tratamientos la

retrasaran, su cita era inexorable. Su antesala era la enfermería; se regulaban las visitas, y en momento determinado quedaban prohibidas porque la agonía no necesitó más diálogos que aquellos que tuvieron a Dios como interlocutor

Cuando alcanzaba a alguna de ellas el cadáver salía por una puerta trasera hacia el tanatorio municipal y el funeral se celebraba en la Parroquia del cercano pueblo al que acudían, en aras de la intimidad, solo los parientes, Doña Mercedes y, algunas veces, el médico. La Directora se encargaba de darles la triste noticia de que la compañera había alcanzado el merecido descanso y gozaba de una vida mejor.

Una vida mejor... Así se llamaba a la muerte en la Residencia. La muerte era otra compañera, oculta, temida y persistente que podía alcanzarles bajo el techo de las habitaciones o la sombra de los tilos del jardín; y siendo que todas se aferraban a la vida que restaba sin ansias de conocer esa otra mejor, dejaban que alguna lágrima secara en los pañuelos y se esforzaban en imaginar el rostro que sustituiría al que fue de la compañera, quizá amiga, ocupando la plaza vacante que ella dejó.

Entre los muros de la Residencia se reproducían los modelos de la sociedad que las había relegado y surgían los afectos, las confidencias, las rencillas y los enfados que podían deberse a desacuerdos sobre el nivel de la sal en las comidas u opiniones contradictorias acerca de los protagonistas de los seriales que aparecían en la única ventana real que les asomaba al mundo que no era sino el televisor; cambiaban los sentimientos como los niños pasan de la risa al llanto con actitudes propias de la infancia perdida a la que su razón parecía regresar. Después cesaba la espuma de su oleaje y, sobrevénía la calma, a falta de proyectos de futuro se contaban las

historias del pasado que guardaba la pálida memoria deformada.

Las había que ingresaron porque no tenían familia; otras, más afortunadas, aún tenían parientes que les escribieran o las visitasen. Y estaban aquellas que llegaron para estar un tiempo y seguían esperando que los hijos cumplieran la promesa de ir a buscarlas; en la fecha revista preparaban su maleta tejiendo un manto de esperanza que perdía los hilos al anochecer cuando las prendas recuperaban su lugar en la cómoda o el armario. Doña Mercedes, la Directora, era el testigo petrificado por la experiencia de las decepciones y maestra en las excusas vanas que deslizaba en oídos atentos y tan necesitados de creer en sus palabras.

Doña Manuela nunca había oído hablar de la Residencia cuando los dolores de espalda que ya conocía se tornaron insoportables y persistentes, se extendieron a las piernas restándoles fuerza y movilidad y, tras someterla a una serie de pruebas, el traumatólogo diagnosticó una estenosis que debía ser tratada quirúrgicamente y a la mayor brevedad.

Begoña, su nuera, tenía un primo hermano director de un hospital alicantino al que inmediatamente fue trasladada; la sometieron a una laminectomía y meses más tarde tendrían que hacerlo a una fusión espinal. Entrambas operaciones Pablo, su único hijo, buscó un lugar cercano que permitiera acudir a las consultas evitando los continuos viajes que, en otro caso, hubiera tenido que hacer desde Madrid. Se barajaron distintas opciones y Los Tilos resultó elegida por el emplazamiento próximo a Alicante y la comodidad de las instalaciones. Pablo resolvió todos los trámites y la ambulancia la trasladó al lugar en que le asignaron una habitación con cama adaptable como la que tenía en el hospital.

El único problema era que la invalidez de Doña Manuela requería una atención permanente y la directora sugirió varios nombres de mujeres que habían cumplido estas funciones siendo Reme la elegida, una cuarentona, robusta, con el pelo rojizo, de manos expertas en los masajes que frecuentaba la Residencia para hacer sustituciones o atender a las internas. Pablo acordó con ella el horario y el sueldo y le regaló un teléfono móvil para que pudiera comunicarse con él a cualquier hora del día o de la noche porque su trabajo le impediría desplazarse con la asiduidad que le hubiera gustado.

Doña Manuela asistió impávida a los acuerdos alcanzados, demasiado débil para intervenir y al atardecer llegó hasta ella el olor de la tierra húmeda que le hizo recordar...

La vetusta casa de sus primeros años al pie de la colina cuyos alrededores eran el edén que recorría en los paseos cogida de la mano de su madre; la chaqueta del abuelo que se inclinaba en la manga sin brazo que cubrir porque su carne destrozada quedó entre los escombros de un edificio bombardeado, los flores frescas y silvestres ante el retrato del hombre joven, al que nunca pudo llamar padre porque perdió la vida en una batalla de esas en que algunos ganan y todos pierden, y la guerra la condenaría con apenas unos meses a la orfandad.

Hasta que la humedad trepó por los muros, el frío reventó las cañerías, la nieve anidada largo tiempo sobre las tejas lo agrietó y como la guerra se había llevado vidas y haciendas se enfrentaron a un coste que no podían afrontar y la vendieron a una empresa de hoteles que la convertiría en un albergue rural. Con el precio de la venta compraron un piso pequeño en Madrid y guardaron el resto para alguna emergencia porque en aquellos tiempos, cuando la previsión no formaba parte de los proble-

mas de las clases acomodadas ni existía una Seguridad Social obligatoria, quienes perdieron sus pocas o muchas riquezas, estaban destinados a la penuria. Todos sobrevivían con la pensión de viudedad de la madre.

Al principio no podía salir de la habitación; las residentes acudieron a conocerla, a interesarse por su dolencia. Cuando la fatiga era visible en sus facciones, Reme las alejaba a pretexto de los tratamientos que debía prodigarle y Doña Manuela conseguía el tiempo del reposo que tanto necesitaba.

Unas semanas más tarde empezó la rehabilitación; era tan dolorosa que la hubiera rechazado resignándose a la invalidez si Reme no se lo hubiera impedido con pequeñas claudicaciones en los ejercicios y las palabras de ánimo. Cuando intentaba levantarse su cuerpo se transformaba en plomo y la columna en un sable que atravesaba la espalda. Pero Reme estaba allí, para sostenerla, para sonreírle, para celebrar los pequeños progresos a costa de los grandes sufrimientos. Meses más tarde pudo sentarse en una silla de ruedas y acudir a los lugares comunes de la Residencia y pasear acompañada por la fiel asistente a través del jardín. Pablo llamaba de vez en cuando pero sus ocupaciones le impidieron asistir, como hubiera querido, para ser testigo de la mejoría.

Doña Manuela se debatía entre el reproche melancólico y la comprensión; Reme le decía que los hombres, ya se sabe, cuando tienen trabajo no lo pueden dejar por si los echan... Y entonces le contó la historia de los botones...

Había pasado la infancia en el colegio de huérfanos de Aranjuez al que llegó siendo una niña delgada y pecosita y del que salió convertida en una grácil mujer en cuyo equipaje de regreso guardó la florecilla que arrancó del

pequeño parque que ampulosamente llamaban la pradera, los rostros y nombres de sus amigas y de algunas monjas, y las notas del último cántico ante la gruta de la Virgen, madre del santo recuerdo... que, efectivamente, nunca pudo olvidar. Quería estudiar medicina o biología y aprovecharía lo que ya eran las perpetuas vacaciones del colegio para disipar las dudas que aún tenía.

Mas he aquí que el regreso no fue el esperado; los abuelos no estaban, por vez primera, en el andén de la estación, transformados los cuerpos en esculturas desvencijadas. Sintió el temblor en los abrazos viejos al estrecharla e intentó asimilar la imagen a través de las aguas que le inundaban los ojos. Apenas pudo dormir; al levantarse observó que algunos muebles de valor que aún conservaban habían desaparecido y su madre, pálida y enflaquecida, atendía solícita a las necesidades domésticas: Su primera función era el aseo personal de los ancianos, distribuía los desayunos, limpiaba la casa, cocinaba, lavaba la ropa entre la que abundaban las sábanas porque el declive fisiológico requería que se cambiasen con frecuencia. Los escasos ahorros se habían agotado y no podían pagar ninguna ayuda.

Ser médica, o bióloga, ambas podían llevarla al éxito, quien sabe si a la gloria, pero jamás le conferirían la dignidad de su madre, una viuda, una simple ama de casa de esas que las siguientes generaciones demostrarían en pro de la independencia económica y eran el vivo ejemplo de la entrega sin recurrir a los lamentos. La escena familiar traspasó sus ojos de niña penetrando en su alma de mujer y dio un salto a la prematura madurez dejando atrás la primera juventud que ya nunca volvería.

Manuela, empezando desde las tareas más elementales, aprendió a llevar una casa. Si tenía un rato de descanso lo aprovechaba para transformarse en los persona-

jes de sus libros consumiendo su fuego interior en la intemperie de los mundos que jamás conocería, a veces cenicienta redimida, otra princesa enamorada... Cuando los ojos, primero del abuelo y casi inmediatamente de la abuela, se cerraron definitivamente, aún tuvieron que pasar semanas para darse cuenta del enorme cansancio que durante años arrastraron.

Poco después el presidente de la comunidad de propietarios les planteó la necesidad de rehabilitar la finca conforme a un presupuesto tan elevado que no podrían hacer frente a la deuda. Pensaron en venderlo, buscar otro en alquiler, pero el estado del inmueble era tan lastimoso que su precio sería mínimo, los arrendamientos se habían encarecido y los números no daban confianza en ninguna solución; salvo conseguir otros ingresos mediante alguna clase de trabajo. Iniciaron el peregrinaje hasta que su madre lo consiguió en una tienda de ropa de la que recogía las prendas para adaptarlas a las formas o caprichos de las damas. Manuela, al principio, solo iba a comprar las cremalleras y botones a una mercería cercana. Tomás, hijo de los dueños ayudaba en la elección y ocasionalmente deslizaba en el paquete algún botón de más, una cinta, un pedazo de encaje. Mas tarde se interesó por las prendas, aprendió a diseccionarlas, reprodujo los modelos y ensayó sus primeras blusas y faldas. Tomás le propuso exponerlas en sus escaparates. La relación entre los jóvenes se iba estrechando y conocieron de un amor sustentado en la mutua comprensión, la inquebrantable confianza y la ternura.

Su boda fue sencilla y entrañable. Un vestido de blanco satén confeccionado por ella misma, flores en la cabeza que a modo de ramaje desparramaban el tul. Antes de salir hacia la Iglesia su madre le dijo que se sentara porque tenía algo importante para ella. Abrió un estuche de

terciopelo azul que guardaba el anillo con el más hermoso brillante que hubiera imaginado.

—Ha pertenecido a muchas generaciones de la familia de tu padre, hasta que llegó a tu abuela y ella me encargó que te lo entregase como su regalo de boda en el día que contrajeras matrimonio.

El anillo en su mano rivalizaba con la mirada que humedecía la emoción.

Después de casada Manuela continuó con sus diseños; Tomás le sugirió que podía venderlos en otros puntos de la ciudad y Manuela se sorprendió de que tuviesen tan buena acogida que no pudiera atender todos los pedidos. Contrataron a dos costureras, alquilaron una planta baja, larga y oscura, para instalar un taller, aumentaron los pedidos y las trabajadoras, ahorraron lo suficiente para comprar una pequeña nave y al cabo de unos años tenían su propia fábrica en un polígono, sus representantes en toda España y un nombre reconocido en el sector textil. Ambos trabajaban incesantemente y recordando los viejos tiempos calibraban los beneficios en función de los botones empleados.

Pablo fue el hijo más deseado que pudo haber. Nació fuerte y hermoso, demostró ser inteligente, terminó la carrera de Económicas y se incorporó a la fábrica en que hubo que frenar sus ímpetus juveniles que le inducían a sustituir al personal por las nuevas máquinas y expandirse al extranjero. En modo alguno dejarían sin trabajo a quienes se unieron a su esfuerzo y soportaron retrasos en el cobro de las nóminas. Lo suyo era aprender, adquirir experiencia... Cuando la memoria regresaba a las primeras decepciones callaba su boca.

—Antes éramos tres y ahora está solo para atender el negocio.

Reme también le habló de su familia, del marido mecánico, de los hijos que querían seguir los pasos de su padre con el sueño inalcanzable de tener su taller propio. ¿Se animaría a salir de la Residencia y pasar una tarde con ellos? Doña Manuela aceptó y Reme la llevó a su casa; estaba en el otro extremo del pueblo, a las afueras, y se componía de una planta baja que al fondo tenía un corral; en él pululaban conejos y gallinas que contribuían a la alimentación de la familia y le ofreció una tortilla con los huevos puestos aquella misma mañana. El marido y los hijos la saludaron tímidamente; él parecía un buen hombre, los niños eran educados. Al marcharse deslizó unos billetes en la mano de los niños pero Reme impidió que lo aceptaran, como jamás le admitió una propina, porque gracias a ella ya tenía un trabajo y un sueldo que le venía muy bien.

Y aquella noche volvió irremediablemente a sus recuerdos; en la lejanía escuchó un cántico que tejía un enredado de hiedra amarga en la memoria errática detenida en el primer desencuentro con Tomás al no le gustaba el ritmo de vida del hijo, la afición a los coches, las compañías de gentes ricas que dilapidaban el dinero con sus fiestas y viajes; pero era otra generación en un mundo distinto y la madre lo disculpaba.

Le complacieron en el cambio de piso; otro mayor, mejor situado, en que él escogió los muebles y distribuyó las fotografías de sus ancestros, las condecoraciones y medallas de los antepasados, viejos pergaminos de baúles antiguos que el tiempo había quebrado... Para ella era una forma de homenajear a la familia. Para Tomás, una fatuidad innecesaria.

Tomás enfermó; ese mal silencioso que corroe se incrustó en su cuerpo conduciéndole a un terrible final; permaneció a su lado, la mente se aferró a la obsesión de

no derrochar ni un solo minuto del calor del cuerpo que trenzaba en sus abrazos y sintió que aquellas manos fuertes se tornaban en astillas de dolor de un moribundo fundiéndose en sus dedos cual aviso de un vacío galopante. El pecho se alzaba y descendía en los estertores agónicos y su voz pronunció una frase entrecortada.

—Cúidale... él te necesitará siempre...

Por primera vez abandonó la fábrica y regó con su llanto la silenciosa tela de las almohadas. Después se quedaron solos como un lienzo inacabado porque los colores se perdieron en alguna desconocida playa.

Ya nada volvió a ser lo mismo. Como nuevo Director Gerente de la fábrica, Pablo se hizo imprimir tarjetas de visita en que constaba su nombre, el primer apellido, García, se redujo a la inicial y el segundo, Arga del Burgo, se extendió por toda la cartulina. Trajo a casa a sus nuevos amigos y una tarde le pidió que vistiera sus mejores galas y luciera el anillo de brillantes porque iba a presentarle a su novia.

Aquella muchacha bonita, con exquisitos modales, no fue del agrado de Manuela; le molestó la mirada observadora que escudriñaba los rincones, los retratos de los ancestros y los cuadros con medallas. Tenía la impresión de que su propio hijo se sometía ante ella a un examen y esperaba el beneplácito. Lo que más le dolió fue que Pablo la describiera como una aristócrata convertida en diseñadora de moda y se apresuró a corregirle dulcemente; si en su familia hubo aristócratas debió ser hace muchos siglos porque nadie lo recordaba y ella era una simple costurera que aprendió a ser modista copiando lo que otros creaban.

—¡Te lo dije! Mamá es tan humilde como estupenda, ya la irás conociendo.

La familia de Begoña se dividía entre Madrid y Santander; la mayor parte del año estaban en la capital pero pasaban grandes temporadas en el norte atendiendo a sus importantes negocios de siderurgia. Se conocieron poco antes de la boda; los encuentros posteriores fueron escasos y solo sabía de ellos porque Pablo le contaba lo bien que le habían acogido, las ofertas que le hacían en el seno de sus negocios...

—Afortunadamente tienes el tuyo y no lo necesitas ni te conviene dispersarte —le interrumpió.

Su vida de esposo y padre les había distanciado y las cañerías por la que otrora discurrió el agua limpia de sus comunes pensamientos se atascó de guijarros que solo permitían el transcurso de los gestos.

Pablo acudió varias veces durante el primer año; la última para acompañarla a la revisión en el Hospital. Begoña lo hizo una vez con los dos hijos que iniciaban la pubertad, muy ocupados con el colegio, las actividades, el verano que ya no pasarían con ella porque se iban a estudiar a Inglaterra y Pablo acompañaría a Begoña a Santander para atender a los asuntos de su familia...

Veintisiete meses en la residencia, de terapias, de controles, le hicieron reconocer que no volvería a ser la misma; no le abandona el dolor subyacente ni regresaba la fuerza a las piernas que arrastraba; era cuestión de asumirlo y regresar a la normalidad y así se lo planteó cuando el hijo fue a verla un fin de semana. Se extrañó de que Pablo se opusiera con tanta vehemencia.

—¿Qué tontería es esa, mamá? El piso es muy grande para ti sola, recuerda esos dichosos escalones del zaguán que aún no estás en condiciones de subir y, aunque me encantaría, yo no podré estar siempre contigo. Tendrías

que meter en casa a una o dos personas de máxima confianza y no conocemos a ninguna.

—Lo podemos resolver cuando esté allí.

—En todo caso, deja que yo me ocupe. Pero no tengas prisa porque aquí estás muy bien atendida.

Las visitas se espaciaron y aunque cada vez que iba a verla ella sacaba el tema del regreso, él desviaba la conversación hacia otras cuestiones y lo hacía en el tono sumiso de quien se cree en la obligación de justificarse.

—Tengo una buena noticia para tí, mamá. Vamos a exportar al extranjero.

—Eso significa más maquinaria, más operarios y, en suma, incrementar la inversión. Un riesgo innecesario con el que no estoy de acuerdo, Pablo. Guarda las reservas por si algún día...

—Los tiempos cambian, hay que abrirse al futuro para ganar a la competencia.

—De momento, no tomes ninguna decisión. Cuando yo vuelva lo hablaremos.

—¡No lo puedo creer! ¿Acaso pretendes volver a la fábrica?

—Lo he hecho toda mi vida...

—Ahora estoy yo y no lo necesitas.

—Ni te imaginas cuánto. La fábrica fue mi segundo hogar y aquí me siento una extraña. Te comprometiste a buscar...

—Estoy en ello; pero el otro día hablé con el cirujano que te operó y me dijo que esperases un poco más porque en Madrid vamos a tener un invierno muy frío.

—En Madrid los inviernos siempre han sido fríos y eso no me preocupa. En casa hay una buena calefacción y tengo ropa suficiente para salir bien abrigada.

—Como quieras, mamá. Pero de momento preocúpate solo de restablecerte y descansar.

Manuela no estaba cansada, solo agotada. Aquella tarde, no abrió el libro que tenía entre las manos y meditó frente a la ventana; a su través podía distinguir las cimas azules de las montañas y los árboles desnudos que dormirían hasta que llegase su primavera y renaciera el verdor de las hojas, el aroma de las flores y el sabor de los frutos que exacerbaban los sentidos. Pero nadie pensaría en la savia a la que nunca cantaron los poetas, ni nunca se consideró hacedora de las espléndidas primaveras.

La Directora de la Residencia empezó a recelar de la temporalidad de su estancia cuando aquel caballero atento que pagaba puntualmente y saludaba con la máxima cortesía le había pedido confiarle cualquier intención de abandonar el centro. Lo hacía por su propio bien. Ella calló prudentemente pero Manuela sospechó que el interés de Pablo por despedirse de Doña Mercedes y que excusara su presencia tenía algo que ver con la discusión que habían mantenido. No necesitaba el consentimiento de nadie para regresar a la vida que tuvo y quería recuperar. Iba a escaparse, como una furtiva, de los barrotes que cerraron su alma y solo necesitaría la complicidad de Reme que se negó a secundarla a menos que le permitiera acompañarla. La condición era el silencio, porque ella misma llamaría a la Directora por la noche, cuando ya se hubiera instalado de nuevo en su casa. El jilguero liberado emprendió su propio vuelo y al divisar los perfiles de la capital supo que allí estaba el lugar que fue su nido y ante la fachada de su casa ahogó un gemido emocionado en la garganta.

El conserje no estaba en la garita; solo con el apoyo del bastón llegó a subir aquellos escalones otrora inalcanzables; el ascensor las llevó al segundo piso y una vez allí se produjo la ceremonia de las llaves que tintinearón como campanillas en el breve trayecto hasta la cerradura. Tal vez el tiempo de los cerrojos, el ligero temblor en las manos, algo marcaba la resistencia del metal al acceso. Manuela le pidió a Reme que, mientras ella seguía intentándolo, bajase a buscar al conserje, porque tal vez necesitaría un cerrajero. Todo parecía inútil cuando una voz femenina se oyó a través de la puerta.

—¿Quién está ahí? ¿Qué quiere?

Pasaron unos segundos antes de que Manuela dedujese que se trataría de alguna señora a la que su hijo habría encomendado la limpieza.

—Soy Manuela Arga, la dueña. ¿Querría usted abrirme? Parece que mi llave no funciona.

La puerta solo se entreabrió lo que permitía la cadena de seguridad y el rostro de una mujer joven asomó por la rendija.

—Debe haberse equivocado, señora. Seguramente va usted a otro piso.

Doña Manuela sonrió, benevolente e inquieta, asustada ante el pensamiento de que no hubiera sido capaz de reconocer su propia casa. Pero esa la calle, el patio, el número de la planta sobre el ascensor no dejaba lugar a dudas.

—Sí, sí, debe haber un error, pero no por mi parte y no entiendo que hace usted aquí.

En ese momento, Braulio, el conserje, acompañado de Reme, llegaban al descansillo.

—¡Doña Manuela! ¡Qué sorpresa! ¡No sabe lo que me alegro de verla!

—Muchas gracias, Braulio; yo también me alegro de verle pero ¿puede usted explicarme que hace esa señora en mi casa?

El conserje palideció, no acertaba a decir palabra y se descorrió la cadena de seguridad que impedía el paso permitiendo que la desconocida quedase visible ante todos.

—Braulio, deduzco que conoce usted a esta señora.

—Ya lo creo. Vivió aquí muchos años.

—¿Como que viví? ¿Acaso es que estoy muerta?

—Verá, señora, yo no sé cómo explicarlo...

—Tal vez sea yo quien tenga que hacerlo —interrumpió la intrusa— ¿Quieren hacer el favor de pasar? Tomen asiento. —El interior del piso no se parecía en nada al que ella dejó. Tabiques desplazados, mobiliario diferente y una extraña que le permitía el paso—. Este piso lo compramos mi marido y yo hace casi dos años. Puedo enseñarle la escritura.

—Eso no es posible porque yo no lo he vendido.

—Si me permite un momento...

Se alejó unos minutos y regresó con un documento notarial en la mano en el que podía leerse que D. Pablo... en nombre propio y como representante legal de su madre, Doña Manuela Arga del Burgo... según escritura de poder otorgada.... vendía la vivienda situada en... a...

El documento resbaló de sus manos, quedó sobre las baldosas que habían iniciado una danza frenética y alzó los ojos a las ventanas en que el sol había oscurecido; la desconocida la miraba compasiva, debatiéndose en la

duda de si estaba ante un engaño o una persona afectada de alzhéimer. Reme se levantó.

—Disculpen la molestia. Yo me hago cargo de la señora y gracias por todo.

Al alcanzar la calle se detuvieron. Manuela apoyó la espalda contra el muro. Necesitaba tiempo para que el corazón descendiese desde la garganta en la que le impedía respirar y pudiera recuperar el habla. Pesaba sobre ella un madero aplastante y tan solo tenía en sus manos un recurso: La verdad.

Francisco Bárcena, algo más de sesenta años, grueso, bastante calvo, vestido con un traje oscuro salió inmediatamente a recibirla y la acomodó en su despacho. El tiempo pasado, la salud, los lugares comunes que rompen el hielo de un encuentro inesperado...

—Como me alegro de que estés aquí porque me demuestras que, al menos, permanecen el afecto y la amistad. Creo que la verdadera razón por la que tu hijo decidió prescindir de mis servicios es que le desaconsejara la expansión, porque depender de la coyuntura internacional siempre es aleatorio y tal como iba la fábrica no lo necesitaba. Tampoco estuve de acuerdo con que la fábrica se integrase en el holding de su suegro. Desde ese momento algo cambió en nuestra relación y cuando le pregunté si tú estabas de acuerdo con la inversión de todas las reservas se molestó abiertamente por dudar de su palabra y... bueno... ya sabes lo que vino después. ¿Pablo está en Madrid o continúa en Santander?

Manuela suspiró al regalarle una sonrisa. Francisco Bárcena desplegó los labios y su boca permaneció abierta: El rostro demudado, aquellas pupilas clavadas en su rostro que tal vez ni siquiera le veían le produjeran

tan profunda desazón que algo le impulsó a levantarse y coger entre las suyas las manos que sintió heladas.

—Manuela —le susurró— ¿He dicho algo que tú no supieras...?

—Nada que no debiera saber. Pero he de pedirte un favor: Jamás le hables a mi hijo de esta visita.

La voz no atinaba el volumen y Francisco Bárcenas percibió la sal rezumando en los labios. Acostumbrado a improvisar como un deber más de su profesión, esta vez se sintió perdido.

El mundo que las rodeaba se pobló de sombras; una lluvia fina empezó a caer desde el cielo y coloridos paraguas brotaron de las manos erguidas. Los coches desplazaban el agua de los pequeños charcos y las marquesinas servían de refugio a los más desprevenidos. El horizonte se convirtió en un espejo vacío de imágenes y Reme descubría un rostro en que se deformaban las facciones como ante una tempestad las dunas del desierto.

El regreso fue silencioso, ni una sola palabra en el aeropuerto, ni durante el vuelo o el coche que las condujo hasta la Residencia. Allí, en el zaguán, un líquido amarillo recorrió las piernas de Manuela que se desplomó en el suelo sobre su propia orina.

Reme, fiel a su compromiso, guardó absoluta reserva sobre lo vivido aquella jornada. El cuerpo de Manuela se había disociado por unos instantes de su alma; ni los análisis ni los reconocimientos descubrieron la causa y el doctor Forteza diagnóstico un posible ictus, no confirmado, que afortunadamente no le había dejado secuelas. Doña Mercedes dio parte al hijo de lo acaecido y él aseguró que en cuanto regresara del viaje que estaba realizando iría a verla.

Había pasado más de un mes cuando apareció por la Residencia.

Se la llevó a comer en un restaurante; aseguró encontrarla mejor que nunca, más guapa que la última vez que se vieron porque, a pesar del incidente que por fortuna había superado, gracias a los consejos del cirujano, su estancia en la Residencia le había favorecido en todos los órdenes. La fábrica iba muy bien, los niños podía decirse que ya dominaban el inglés y estaba pensando en que empezaran los estudios de alemán... Begoña absorbida por la empresa familiar, la Directora ya sabe que si alguna comida no te apetece tiene que pedir lo que quieras en algún restaurante exterior

En el vientre que lo había concebido estallaron las entrañas derramando el zumo imposible de los metales. Era su hijo, el que había reducido a escombros su propia vida y pagaba el sacrificio con el precio de una residencia de lujo, una asistenta privada y acaso una comida especial...

Los pensamientos viajeros llegaban y partían sin detenerse en la posada de su mente y en un rincón del mundo alguien tendía las manos pidiendo amor y las retiraba arañadas de esparto. Cuando regresó su conciencia contempló aquellos ojos que ocultaban el miedo. Y supo que la causa de ese miedo era la mentira.

Pero ella estaba en posesión de la verdad y podía disiparla; decirle que aunque él hubiera heredado la parte de su padre ella seguía siendo la propietaria mayoría de la fábrica y tenía el poder de decisión; que conocía sus maniobras, sus inversiones, la venta de su propia casa y el abuso de los poderes que le había conferido. Estaba tan enojada que temía una conversación vehemente que los alejara; decidió meditar con prudencia la forma más

delicada de decírselo sin herir sus sentimientos y sabía que si continuaban hablando difícilmente se iba a contener. O sea que vamos a tener un invierno especialmente frío...

Al despedirse le estrechó entre sus brazos con la misma ternura que le acunó cuando era un niño y luego le miró de frente porque de alguna manera tenía que prepararle para la conversación definitiva que por su propia voluntad había dejado pendiente.

—Nada hará que yo te deje de quererte.

Pablo no entendió el significado pero ella ya se alejaba sin darle la ocasión de que le pidiera explicaciones.

Aquella noche no le alcanzó el sueño; su mente era presa de la lucidez que provoca el enojo y tenía que planificar sus siguientes actos. El primero era comprar otro piso que podía ser más pequeño y recuperar las riendas del negocio para volver a la estabilidad de su empresa. Lo de exportar al extranjero ya se vería, pero en modo alguno mantendría las inversiones de Pablo en el holding de su familia política. Aunque perdieran dinero, venderían todas las participaciones. Rechazó la idea de escribirle; era mejor enfrentarse cara a cara, de una vez por todas, y si él, Begoña o sus consuegros se oponían, recurriría a Francisco Bárcenas que siempre había sido su abogado. Estaba dispuesta al enfrentamiento y podía hacerlo.

Tomada la decisión le sobrevino la laxitud que sigue al esfuerzo. ¿Realmente podía hacerlo?

Amainó la desconocida cólera en pro de la reflexión. Pensó en las consecuencias: poner en juicio su buen nombre, arriesgar su matrimonio, el futuro de los nietos. Y después... ¿Qué? ¿Ponerse otra vez al frente del negocio cuando sus fuerzas menguaban? ¿Podría enarbolar la

bandera de la victoria cuando el vencido era su propio hijo? En algún momento se negó a sí misma porque quien había elucubrado en las horas oscuras no había podido ser ella que jamás se enfrentaría a la vergüenza de que la empresaria se impusiera a sus sentimientos de madre, como el jilguero que para saciar su sed se ahoga en el pozo.

Unas semanas más tarde Manuela solicitó la presencia del médico y la Directora; ambos tenían que acreditar que estaba en perfectas condiciones mentales mientras eran testigos de unos folios escritos de su puño y letra que, posteriormente, introdujo en un paquete pequeño. Dio la orden de que, si le ocurría algo, le hicieran entrega a Reme que hasta ese momento no debía saber nada.

Era sábado. Reme la llevó a tomar un aperitivo en el pueblo. Mientras caminaban despacio Manuela se detuvo y la miró de frente.

—Reme. ¿Tú que piensas de todo lo que ha pasado?

Reme tuvo tiempo antes de contestar para pasar varias veces la mano por su cabello.

—Una vida da para mucho y desde que entré en la Residencia sé lo que hay detrás de lo que dicen las señoras. No es usted la única Doña Manuela, ha pasado antes... En la vida hay tantas historias reales que los novelistas no debieran molestarse en inventar. Sería bastante con qué las contarán.

Jamás volvió a preguntarle. Doña Manuela se marchaba en sus silencios, cada vez más prolongados, en sus errabundas miradas ausentes. Hasta que inesperadamente Reme la oyó decir: Tengo que decírselo... Ha de saberlo...

Le preguntó que a quien tenía que decir algo.

—Mi marido. Él no sabe que ya no tenemos casa y que una parte de los botones ya no nos pertenece. Reme palideció, observo el temblor de las manos y una cascada de angustia en la garganta.

—A lo mejor no es necesario... Quizá lo sepa...

No le respondió. Podía ser un síntoma de demencia aunque posteriormente no se volvió a repetir. Acudía al refectorio, a las salas comunes, contestaba al teléfono... Si hijo, todo va bien, hijo, ya sé que tienes demasiado trabajo para venir cuando lo deseas...

Había encontrado la riqueza de la soledad y en las tediosas horas del atardecer se quedaba en su habitación, frente al cuadro gris de la ventana y sus palabras de oración suplicaban pues eran los atardeceres que precedían al anochecer temprano sus confidentes.

—Si estuvieras aquí... si pudieras venir, aunque fuese un ratito...

El regreso de Tomás tardó apenas unos días. Apareció frente a ella con el guardapolvo que siempre llevaba en la fábrica. Se miraron en silencio y cuando él sonrió ella le tendió las manos apretándolas hasta que las uñas se clavaron en las palmas vacías. Él había sido su gran ayuda, su gran amor... Cada tarde le contaba un poco de lo pasado desde que él se fue y lo hizo sin acritud hacia el hijo tan querido, utilizó palabras de comprensión a la generación nueva que busca sus propios caminos entre los tréboles... Tomás la esperaba cada tarde, la abrazaba, sentía su calor entre las sábanas del lecho... cada vez más joven, cada vez con más frecuencia con el jersey que llevaba cuando le conoció en la tienda y hablaban de los botones...

—Por cierto ¿recuerdas dónde guardamos mi traje de novia? Tendré que preguntárselo a los abuelos, o a mi madre...

Las visitas de Pablo eran cada vez más cortas y la duración menos intensa; las llamadas al móvil, los mensajes telefónicos que atendía alejándose lo suficiente para que no trascendiera su conversación. Los niños habían crecido y también tenían sus propios teléfonos, la tablet, continuamente tenían necesidad de comunicarse con los que habían dejado apenas unas horas antes y reencontrarían unas horas después sin importarles que los platos se enfriaran sobre la mesa. Begoña ojeaba las revistas que le habían llevado antes de dejárselas. Doña Manuela se preguntaba a veces si realmente estaban allí...

Empezaron sus tiempos de silencio, de retirada temprana... porque en el retiro de su cuarto empezaron a concentrarse otras personas. El abuelo con su traje de lujo cediendo en la pechera inclinada; la abuela que se cepillaba el cabello frente al espejo, la madre que cosía insistentemente inclinada sobre la máquina. Y de repente le reconoció: Aquel hombre joven al que nunca pudo llamar padre abría las manos y manaban unas extrañas monedas de vida para que pudieran subsistir y le regalaba estrechándola contra su pecho los abrazos que no llegó a conocer. Eran los únicos que no acudían con problemas de tiempo a sus citas vespertinas y no la abandonaban antes de que el sueño la venciera.

De pronto se impuso el silencio porque un ángel diminuto descendía para posarse en su regazo. Plegó sus alas para convertirse en un niño de piel sonrosada y los cabellos oscuros que se refugiaba en su regazo, tomaba la vida en su pecho y se dormía cuando ella le cantaba una nana. ¡Qué hermoso era su niño! Había nacido en ella el sentimiento que solo brota en una madre, besaba las pupilas

vencidas de sueño y se extasiaba en los labios gordezuelos que la sonreían... La habitación se convirtió en un templo y las voces silenciosas en un coro celestial. Tenía que vestir al niño con ropas imposibles y botones inventados porque hubo un día que se complació con la confección de una blusa copiada y había llegado al cénit con la producción de un ser humano nacido del amor.

Doña Manuela, poco a poco, dejó de hablar; esta vez no era la espalda sino el pecho en el que sentía la presión de una roca que ralentizaba los latidos. No se quejó, no acudió al consultorio aunque a Reme no le pasó desapercibido y avisó a la Directora. El médico le hizo un chequeo, ordenó una analítica y extendió una larga receta con los medicamentos que debía tomar y el régimen de vida que debía seguir. Doña Mercedes le dijo que para su mayor atención debía trasladarse por un tiempo a la enfermería. Sabía lo que significaba pasar un tiempo en algún lugar. Reme acudía a su lado, le leía algún libro, rezaban juntas... y cuando le decía que pronto estaría recuperada asentía complacida porque cualquier cosa que le depa-rase el futuro sería una forma de recuperación.

Llegó el otoño. El mar había oscurecido, el viento azotó los árboles y las hojas extendieron un paisaje de herrumbre en el suelo. Los sonidos de la naturaleza apagaron el canto de las aves y con la primera luz del alba se abrió una grieta azul en el cielo y la luz del sol reclamó su espacio de calor sobre la tierra

La Directora acudía a primera hora de la mañana a la enfermería para saber como habían pasado la noche; Manuela dormía tan plácidamente que dudó en despertarla; sin embargo...vse aproximó al lecho, observó que la sábana no se levantaba sobre su pecho y al ir a tomarle el pulso el brazo cayó inerte sobre la colcha. El doctor certificó que un gran corazón había dejado de latir y la

Directora comunicó a las residentes que Doña Manuela había alcanzado el merecido descanso y gozaba de una vida mejor...

Era de las pocas veces en que la Iglesia acogió un cortejo fúnebre; incluso la familia política llegó al lugar en coches de alta gama y descendieron de riguroso luto para asistir a los funerales; Reme, desde el rincón de una capilla los observaba con la escasa claridad que permitía su llanto.

Al terminar los oficios el grupo salió compacto y empezaba a subir la empinada calle cuando su llamada los retuvo. Pablo retrocedió apenas al oír su nombre y la observó con sorpresa.

—Tengo algo que darle...

—Por supuesto. ¿De qué se trata?

—Su madre me ha hecho este regalo pero no creo merecerlo. También me entregó una carta para usted.

El anillo de brillantes surgió en todo su esplendor; Pablo lo contempló, levantó la vista hacia Reme y lanzó una exclamación complacida.

—Agradezco su honradez porque se trata de una joya de gran valor que pertenece a la familia. Supongo que en los últimos tiempos mamá no tenía la cabeza en su sitio...

Reme apretó los dientes.

—¡No se atreva a decir nada parecido!

La sonrisa de Pablo se congeló; las palabras de Reme pronunciadas como aullidos de un perro apaleado penetraron en los oídos y atravesando el cerebro demudaron el rostro. Ella se alejó jadeando, arrastrando los pies. Pablo dio unas zancadas para alcanzar al cortejo y desaparecieron, todos juntos, por el final de alameda.

La vida en la Residencia siguió su ritmo; la habitación vacía se limpió a fondo y se pintaron las paredes. Volvieron a llamar a Reme para otra asistencia pero rehusó el trabajo porque le desgarraban los recuerdos y, al contrario que las residentes, no deseaba conocer el rostro de la persona que ocupase el vacío que Doña Manuela dejó. La profusión de coronas que acompañaron al féretro ya no existían y sobre la tumba solo había un bote con flores renovadas que crecieron en su patio y renovaba semanalmente. Su siguiente destino fue un Hotel que la contrató como cocinera; el trabajo no era de su agrado pero tenía la ventaja de que les permitían llevarse las sobras de la comida y su familia gustaba de sabores que de otro modo no habrían llegado a conocer. Hizo saber su condición de rehabilitadora y el gerente la recomendó a algunos huéspedes que solicitaron sus servicios y guardó estas ganancias en una caja de galletas vacía de las que nunca sacó un solo céntimo porque serían el ahorro en favor del taller de mecánica a que aspiraban sus hijos que ya hacían prácticas en aquel en que trabajaba el padre.

Llegó otra primavera, otro verano, agonizaba el siguiente otoño cuando la Directora le mandó aviso de que Don Pablo estaba allí y quería verla.

Reme movió la cabeza y lanzó un suspiro porque quizá estaba interesado en otras joyas de las que ella no tenía noticia. Acudió de mala gana; Pablo la esperaba delante de la cancela y le pidió buscar algún sitio para hablar. Se excusó por la tardanza pero había necesitado muchos meses para hacerse el ánimo de acudir a ella y pedirle una explicación que calmase la inquietud; se trataba de la última carta de su madre, la que ella misma le entregó, de unas frases que parecían referirse a algo que no acababa de entender... ¿Era posible que doña Manuela estu-

viera enojada con él o entristecida por alguna causa que él no supiese?

Reme no sentía afecto ni simpatía alguna por la persona que le interrogaba; si quería saber, ella le contaría lo que la madre le ocultó... Le narró detalladamente el viaje a Madrid, su llegada al piso que intentaba abrir cuando ya no era suyo, la visita al abogado, el regreso inmediato, la verdadera causa del desfallecimiento... Cuando terminó, el sol empezaba a ponerse por el ocaso.

El cuerpo robusto era pluma oscilante de temblores. ¿Cómo? ¿Qué mamá estuvo en Madrid? Las mejillas se encienden y palidecen alternativamente. ¿Qué Bárcenas le dijo...? Los ojos amenazan con salir de las órbitas. ¡Usted debió...! Ella le mira de frente y le arroja siete palabras como siete pecados capitales: Yo a usted no le debo nada. Él baja la mirada que se prende en el velador al tiempo que dos riachuelos alcanzan con sus gotas el mármol del tablero. Intenta hablar y no sabe que decir. Solo acierta a extender el brazo y tomar la mano de Reme al tiempo que le pide perdón. No obtiene ninguna respuesta de la paciente ira que despertó.

Le vio marcharse; sus pasos vacilantes no la conmovían. Ella no ha de perdonarle, porque el perdón es solo para aquellos que se aman y quien tanto le amó ya no está para concedérselo.

Terminó otra primavera y se agotó el siguiente otoño. Las tiendas se llenaron de objetos navideños y se engalanaron de luces las calles; era un tiempo que imponía la felicidad y relegaba las ofensas al olvido. Reme compró calcetines como regalo de la Nochebuena y siendo que en esta ocasión estaba liberada del servicio regresó temprano a su casa. Sobre la mesa del comedor encontró un paquete dirigido a ella que había llegado esa misma tar-

de. Al leer el nombre del remitente la envolvió una bruma forjada en miedo e inquietud. En su interior había una cuartilla manuscrita junto al estuche azul y se dirigió a su cuarto para sentarse en la cama porque los aciagos pensamientos apenas la sostenían.

Señora Reme; desde nuestra última conversación me corroe el remordimiento por tantos errores como cometí y temo que por mucho tiempo que viva no recuperaré la paz interior. La envidio, Señora Reme porque usted tuvo la dicha de acompañar a mi madre cuando yo, que era quien debía estar a su lado, la dejé sola. Mi madre quiso que el anillo fuera para usted; no crea por ello que se lo reintegro solo como la obligación que tengo de cumplir su último voluntad, sino porque es la única persona que lo merece y espero que sirva como testimonio del agradecimiento que le debo al haber contraído con usted una deuda que nunca podré pagarle. Y con el deseo de que sus hijos no se conviertan en el hombre que yo fui. Úselo, o dele el destino que mejor convenga a al interés de su familia. Siempre a su disposición. Pablo García.

Reintegró la cuartilla al sobre sin decir palabra y no abrió el estuche de terciopelo azul. Sus ojos estaban tan secos como las rocas que arrojan los volcanes y las manos se aferraban al borde de la mesa sobre el que esa noche habían sustituido el hule habitual por un mantel. Su marido e hijos la contemplaban aguardando una explicación que no parecía dispuesta a darles hasta que la insistencia le hizo claudicar.

—Cosas extrañas que solo pueden ocurrir en Navidad. Quién sabe si por fin los Reyes Magos pueden traeros vuestro propio taller.

ILUSO: VIAJE A LA DUDA

Enrique Gómez Torreiro

Cuando a las 06.00h, tras casi 4 de desvelo, sonó la alarma del móvil se encontró repasando los 7 días que había pasado en el Norte durante esa Navidad.

Había dormido tres horas escasas y era hora de afrontar la "lotería" del viaje al Sur con cientos de kms por delante en coche.

Durante los primeros kilómetros pudo rememorar sus pensamientos durante las horas de desvelo: Había sido una Navidad diferente, marcada por el aliciente de dos encuentros bien diferentes con Lunca.

Lunca e Iluso se habían encontrado por primera vez unos 25 años atrás, en un pueblo del Norte y rodeados de mucha gente, todos conocidos entre sí conviviendo en una misma casa de amigas comunes; concretamente el día en que murió Franco, el Caudillo.

Tras esporádicos encuentros en el Norte, Lunca se mudó al Sur por su trabajo y estuvo varias veces de visita en casa de Iluso.

Aparentemente congeniaban si bien hay que decir que Lunca pasaba por una reciente ruptura sentimental con su entonces novio. Eso la llevó a una platónica relación con Iluso pese a que declaró al principio que no era su tipo que duró un par de años hasta que ella regresó al Norte y reinició su relación con el hombre de su vida con quien finalmente se casó aunque antes ya había enviado a Iluso al limbo ...

Un día, tras un largo paréntesis, Iluso recibió una postal de Lunca donde le hablaba de su viaje de novios a

Europa: Desde aquel momento Iluso desapareció de su vida por unos años y cuando volvieron a verse durante una Navidad ambos mantuvieron un escrupuloso respeto a sus nuevas formas de vida y jamás se recordaron su pasado.

Después continuaron viéndose al menos una vez por año casi siempre con amigos comunes.

Recientemente se ven más a menudo e incluso dan paseos a solas disfrutando del aire libre y de la compañía mutua (al menos Iluso) charlando de todo aunque sin explorar jamás en los sentimientos.

Tras una breve interrupción de sus pensamientos debido a una fuerte racha de lluvia, el conductor recordó como un momento clave un paseo por una playa en que Lunca le cogió la mano para ilustrarle sobre la forma de pasear de otra pareja mayor conocida de ambos... Este retiró su mano casi bruscamente pues se había jurado muchas veces comportarse de acuerdo con las circunstancias de ella y aquel contacto le había trastornado y retrotraído a los primeros tiempos...

¡Atención... niebla! Eran bancos aislados pero el coche que le seguía hacía muchos kms. (el típico parásito de la ruta que aprovecha la estela de otro coche cuando la visibilidad es mala) circulaba peligrosamente cerca y había que concentrarse al máximo.

Superados los dichosos jirones y con los ojos gastados de tanto escudriñar la nada, se encontraba ya en el centro de la menor de las Castillas, haciendo tremendos esfuerzos por contener los bostezos: Hora de parar y desayunar, superados ya más de 300 kms. Lo hizo en un paraje aislado y ya conocido de otras veces.

Se notaba un cambio progresivo en el paisaje y pasaba del plato monótono y monocromo a estribaciones verdes

y rocosas. El coche culebreaba y hubo que reducir la velocidad. Atrás quedaban las vides y el vino y una vez superado el puerto que hacía de frontera natural, llegarían los olivos y el aceite que tanto apreciaba Lunca, sobre todo el virgen de la primera extracción...

Ante él aparecía poco a poco el gran Sur, la otra forma de vivir la vida; la patria aparente del optimismo y la alegría. Iluso analizando rasgos de la sociedad y el folklore, pensaba en ocasiones que en realidad se trataba de un pesimismo histórico rodeado de luz y calor y vestido de colores... pero eso dependía de su estado de ánimo.

A Lunca también le gustan las ropas de colores aunque Iluso rara vez podía describir como iba vestida. Su examen visual casi nunca pasaba del pelo negro y sus ojos y su cara. Sin embargo recuerda que en su primer encuentro en Nochebuena, llevaba un chaquetón o similar negro y ayer algo blanco. Tremenda contradicción en cuanto a los resultados: color negro para la positiva y blanco para la decepcionante, como si se tratase del luto asiático...

Esta reflexión le llevó al día que transitaba precisamente por este paraje durante el viaje de ida, a punto de hacer la primera parada para desayunar...

¡Cuántas ilusiones —coloreadas— depositadas en aquel viaje! Desde la víspera había perdido ya más de veinte años y trataba de adivinar como iba a ser el primer encuentro el próximo domingo que por cierto no se produjo ya que se abortó telefónicamente por problemas en su familia y esa circunstancia evitó la frustración que ya sería la segunda tras la incomunicación del viaje anterior.

La Navidad pasada Iluso había intentado una cita que en principio ella quiso evitar pero se hizo el milagro.

¡Aquella si fue una verdadera *Tardenochebuena*!

Tras ponerse ambos al día en las noticias y el calendario de fiestas mientras recorrían siempre el mismo circuito urbano, llegó la despedida...

Hubo una comunión tal de impulsos que ambos se encontraron en un breve beso en la boca que Iluso prolongó unos segundos más. Después una corta carrera de ella sin volver la vista atrás hasta que una esquina la ocultó a Iluso quien se quedó parado por la sorpresa y preguntándose si aquello había sucedido.

Juraría que cuando fue a besarla ella había ofrecido sus labios al mismo tiempo que él los buscaba... Ahora sabía lo que era aquello que la gente llamaba el espíritu de la navidad. Por una vez Iluso había probado el turrón y el espíritu pero fue tan repentino y fugaz que apenas pudo disfrutarlo.

Los coches subían las últimas rampas del puerto, camino del reino de los olivos y el conductor se dio cuenta entonces de que iba apurado de gasolina. Cuando llegó, desviándose, a la gasolinera observó que había recorrido exactamente 499 kms. y 4 horas sin parar desde el desayuno y decidió seguir algo más antes de comer.

En cuanto retornó la autovía, los recuerdos entraron de nuevo en la mente sin llamar... El intento de apresar la imagen de Lunca e Iluso besándose trajo de la mano el recuerdo del último encuentro, el de ayer. Ojalá no se hubiese producido pues empañó la alegría del otro y fue una gran decepción para Iluso al no haber continuidad del espíritu anterior ni beso; otro beso, sin lengua como dicen los niños.

Hubo uno en la mejilla de Lunca y un "no puede ser" ante la insistencia de Iluso que recibió después un beso al aire cuando ella se hubo alejado ya unos metros. Él hizo un ademán como para esquivarlo y recordó un verso

de ella: .. "soplaré ilusiones con mis labios" o algo así y sintió que lo que le habían "soplado" era su ilusión.

Se recriminó entonces el ser insistente como olas del mar y persistente como el chirimirí, Después del primer encuentro telefoneó varias veces a Lunca para poder veda de nuevo y le pareció notar que ella le rehuía y le daba largas pero uno es como es, más cabezón que tozudo y machacó hasta conseguir un sí al borde del tiempo límite que se habían puesto.

Ahora se encontraba de regreso, había recogido de nuevo sus veinte años perdidos a la ida y notó que siendo exactamente los mismos años, pesaban mucho más...

Nada más retomar la autovía, los pensamientos y recuerdos entraron a saco en la mente del conductor, sin pedir permiso ni darle un respiro:

Realmente había sido un último paseo aséptico como los de los primeros años del reencuentro. Iluso se angustiaba porque no encontraba la forma de profundizar en la conversación. Se moría por tocarla pero salvo un beso robado en la mejilla, no hubo ocasión.

—“Si al menos lloviera...”, dijo él en voz alta: Algo de lluvia para acercarse y tocarse al amparo del paraguas. Un leve viento abortó la muy posible lluvia y el encuentro agonizaba por la tiranía de un tiempo limitado. Tal vez él no supo comunicar su propia ilusión, en parte por si se violentaba Lunca al recordarle la anterior despedida.

De todos modos ella parecía tan pragmática que quizás no se permitía la sensación de vivir dos o más vidas y su aparente conservadurismo le impedía vivir en el filo de la navaja como hacía Iluso.

Cabía también la posibilidad de que ella fuera tan valiente ante la vida real que no necesitara de su propia burbuja aunque era bastante hermética. Iluso es cobarde

ante la realidad de su vida y necesita buscarse una ilusión o aislarse a menudo.

El caso es que parecía que ambos no estaban a gusto con su rutina y el hecho de acercarse de nuevo indicaba que les faltaba algo o no lo tenían todo...

Puede que entonces el recuerdo de juventud apareciese ante ellos como un flotador en la mar encrespada y sintieran añoranza de lo que pudo haber sido y no fue aunque nunca se sabe cómo habría resultado. Lo único cierto y grande era recuperar aquella antigua ilusión.

Ya con más de 800 kms. a su espalda, el viajero volvió a parar. Otros viajeros se agolpaban en la barra pidiendo de comer pero él, queriendo ser un conductor prudente y evitar el sueño, pidió un bocadillo de queso y un botellín de agua que fue bebiendo a sorbos entre paseo y paseo por la explanada del restaurante.

Estaba ya a los pies de la gran cumbre blanca que guarda la ciudad más mora. Hacía azul y calor; una zancadilla al invierno regente y un guiño a la futura primavera.

A las 15.00h. emprendió la ruta más despierto y con nuevos bríos.

(Y ya que lo miento: ¡Voto a bríos! que decían nuestros antepasados, los de la armadura y el cinturón de castidad). Nada más arrancar ya estaban los pensamientos agolpándose para entrar y tomar posesión; no había tregua posible...

Iluso pensó que tal vez aquella despedida había sido la definitiva y sonrió a pesar de la tristeza porque habían tenido un segundo capítulo de su particular "Puentes de Madison" y aquí tampoco hubo sexo. Por lo demás él supo que moriría antes y escribiría algo por o para ella, aunque difícilmente sería publicado.

La siguiente idea fue tan peregrina como la de llamar al alcalde de la ciudad de Lunca para que editara un bando prohibiendo las despedidas en aquella dichosa zona del barrio. Prácticamente fue en el mismo lugar donde se habían despedido —dentro del coche de ella— en Primavera después de haber pasado casi todo el día juntos, paseando y renunciando a comer.

Él la besó intensamente en una mejilla pero ella no correspondió e Iluso pensó que había sido mucho día para tan pobre adiós...

(Esa fue al menos su impresión y, en todo caso, ésta es su propia versión de los hechos).

Esta extravagancia y aparente frivolidad cuando Iluso ya se había puesto en lo peor, quería decir, sencillamente, que su orgullo comenzaba a trabajar para protegerle.

Si Lunca lo enviaba al limbo otra vez, o al quinto carajo — dependiendo de las formas— él permanecería ahí, haciendo honor a la frase que provocó la carcajada de ella cuando se la dijo ayer: "soy tu valor seguro"; pero nunca más la molestaría ni haría por verla...

¡Y todo por una fría despedida! Ciertamente. Pero ya era la segunda y si a eso le añadimos una dosis de pesimismo al no recibir ninguna palabra o un gesto de aliento por parte de ella, su desazón era comprensible.

Y es que Iluso —consciente de que su peligroso transitar por la vida en los últimos tiempos puede acabar en esquelera en cualquier momento— suele cuidar mucho (a diferencia del Nobel colombiano) sus despedidas y muestras de cariño hacia las personas queridas, lo que no es una gran proeza pues no se precisa calculadora para contarlas...

(Tú y yo, invisible amigo, tenemos una edad; nuestros años circulan ya siempre por autopista y hemos oído y

conocido muchas tragedias... sabemos de la importancia de los pequeños detalles, de que hay que vivir el momento y de que cada vez se nos ofrecen menos ocasiones para tocar un poco de felicidad.

Sabemos también que la felicidad es esa meta que cada día, alguien, nos cambia de sitio pero ¡chitón!: Eso es alto secreto).

El termómetro subió de 16° a 23° en el último tramo de la ruta: Estábamos en el Mediterráneo y se notaba. Eran casi las 16.00h y había dejado atrás más de mil kms. a demasiada velocidad, casi a la de su galopante pensamiento.

Descarga de equipaje y ducha para el conductor que salió a pasear para estirar las piernas sin probar bocado. Las paredes le ahogaban y esperaba que sus ojos encontrasen por la calle algo que distrajera su atención y le librase de la tiranía de sus pensamientos.

De regreso en casa, intentó esquivar aquella honda opresión leyendo la correspondencia y trazando un plan para mañana, día del ocaso del año.

Después todos serían días, meses y años de oscura rutina, pensó.

Miró su ordenador pero no hizo ademán de abrirlo.

Pensó en ese mismo instante en escribir a Lunca para contarle sus impresiones, sus recuerdos y su versión 10 sucedido en esas cortas vacaciones. Lo haría pronto, en cuanto tuviese tiempo, y pensaba dividirlo en capítulos, uno por uno, para alargar lo más posible su desesperanza...

Después era ya cosa de ella: Podía escribir un sólo capítulo de prólogo y epílogo; varios como Iluso o simplemente tampoco en esta ocasión se mojaría, cerrando de-

finitivamente nuestras vidas de un portazo... ¡Aquella horrible opresión en el pecho...!



ASOCIACIÓN DE HUÉRFANOS DEL EJÉRCITO

www.pinfanos.es

secretario@pinfanos.es
c/ Joaquín Costa, 6
28002 Madrid

Este libro se terminó de editar el
uno de mayo de 2023

